

BIBLIOGRAFÍA

TEOLOGÍA

José Ramón PASCUAL GARCÍA,
El principio compasión. Vivir desde una ética samaritana,
PPC, Madrid 2020, 304 pp.

Este año 2020, la editorial PPC ha publicado un libro del profesor José Ramón Pascual García, con el título *El principio compasión. Vivir desde una ética samaritana*. La obra contiene 298 páginas, y está estructurada con un prólogo, una amplia introducción, siete capítulos, las conclusiones y un epílogo.

José Ramón es un sacerdote secular de la diócesis de Calahorra y la Calzada-Logroño, que actualmente es profesor de Moral de la persona en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid y en la Facultad de Teología del Norte de España, en su sede de Vitoria-Gasteiz.

El libro es la tesis doctoral que el autor defendió en la Pontificia Universidad de Salamanca, bajo la dirección del teólogo dominico Felicísimo Martínez, que es la persona que también escribe el prólogo de este trabajo.

Es un motivo de satisfacción comentar este excelente libro, de alguien

que tuve de alumno en el Instituto Superior de Pastoral. Se trata de una obra bien escrita, seria y original. José Ramón trata de un tema central a nivel humano, a nivel cristiano y a nivel religioso como es la “**compasión**”. Por medio de este trabajo ha conseguido sacar a la compasión de los numerosos y lamentables prejuicios en los que ha estado prisionera durante mucho tiempo.

Otra aportación de este libro es haber sacado a la pastoral de la sacristía y del templo y llevarla a la calle, donde la mayoría de las personas tienen que jugarse la vida, la identidad y la misión.

Como afirma Felicísimo Martínez, en el prólogo, también Pascual García ha sacado a la teología de su ensimismamiento y la ha puesto a dialogar con lo más honesto y exigente de la filosofía moderna y de la cultura secular. En la lectura del libro uno descubre que la compasión se ha convertido en un tema central de la ética contemporánea. Ahora se comprende por qué incluso autores no creyentes recurren con interés y entusiasmo a la parábola evangélica del buen samaritano. Y la razón está en que este personaje de la parábola lucana muestra de forma práctica qué significa ser responsable, ser moral, ser humano.

Desde el principio, el teólogo riojano presenta una de las tesis centrales del libro: el progreso que trajo la Modernidad no fue un progreso para todos, sino para unos cuantos. Es más, fue un progreso para unos cuantos a costa de muchos otros. Precisamente este es el déficit de la Modernidad. En diálogo con el filósofo argentino Enrique Dussel, García Pascual cree que hemos de salir de la Modernidad, pero a través de la Transmodernidad. La Posmodernidad nos lleva al individualismo y a la pérdida del sentido. Sin embargo, la Transmodernidad rescata lo mejor de la Modernidad: la emancipación integral- y propone el rescate de las víctimas, así como la transformación de las injusticias que las causan. Desde la crítica a la Modernidad es donde se empieza a rastrear la necesidad de la compasión como clave universal de la ética.

“La compasión” es uno de los contenidos sustanciales del Reino, pero el tema se viene planteando también fuera de la Iglesia desde la ética secular. ¿De qué modo puede influir este planteamiento en una mejor comprensión del misterio de Dios por parte de nuestros contemporáneos? ¿Cómo afecta este hecho a la teología y a la pastoral de la Iglesia? Aquí está desde nuestro punto de vista el interés de este libro para la Teología Pastoral.

La “ética compasiva secular” es sin duda una oportunidad para la teología. Como afirma el teólogo Adolf Gesché: “La persona va aquí en busca de su humanidad y, siempre que el teólogo pueda ofrecer las riquezas de su tradición, esa persona puede encontrar desde Dios las respuestas que busca. Por otra parte, es notorio que escritores profanos van a veces más lejos que nosotros en el camino en el que Dios se encuentra con la persona para decirle lo que es” (p. 21).

El Cristianismo, como *memoria passionis et resurrectionis*, tiene que realizarse y ser percibido con claridad como una apuesta decidida por la restauración de las víctimas en la historia. Tal es la voluntad de Dios. El hecho teológico (escatológico) de la resurrección de Jesús sostiene la esperanza de plena realización humana y da fuerza a nuestro empeño inmanente de humanizar la historia, empresa que el Padre llevará a plenitud.

La compasión es el mejor camino de humanización y, a la vez y por eso, el camino más adecuado de “*crisificación*” del mundo. Si la compasión es la identidad y praxis de Dios, ¿no ha de ser la identidad y la praxis de la Iglesia? Restaurar a las víctimas supone dedicar todo nuestro empeño en sacarlas de su postración.

En el **primer capítulo**, Pascual García se propone responder a la cuestión: *¿Por qué hay víctimas?* Y ante todo hay que sostener que las víctimas no existen por casualidad, sino por **causalidad**. Siempre hay una causa, y la primera es la responsabilidad de quienes deciden libremente abusar de otra persona y despojarla de sus legítimas posibilidades de realizarse humanamente. El origen directo de la existencia de víctimas es la injusticia provocada libremente por el agente victimario.

Hay víctimas porque se encubre el sufrimiento y legitimamos la injusticia que lo origina. El filósofo alemán Max Horkheimer, a quien José Ramón se fundamenta en muchos de sus planteamientos, hizo una crítica implacable a una razón que se convierte en encubridora del sufrimiento y en legitimadora de la injusticia que lo origina. Y una crítica a la pervisión de esa razón porque impide que se genere la praxis capaz de superar esa injusticia y el sufrimiento que genera, praxis que es, precisamente, la moral genuina: la praxis que, haciéndose cargo del intolerable sufrimiento de las mayorías, transforme la sociedad actual en una sociedad justa y humana, es decir, en una sociedad moral (p. 48).

Destacar también que el mal nunca es radical, es algo extremo, pero que no posee ni profundidad ni dimensión demoníaca. El mal no es radical, no es omnipotente, porque es vencible: “No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence al mal con el bien” (Rom 12, 21). El mal, cuya realización alcanza niveles extremos, no es radical, porque el bien lo puede vencer. Sólo el bien es radical (Hanna Arendt).

El **segundo capítulo** del libro está centrado en la necesidad que tenemos de **la memoria**. Aquí Pascual García sigue las tesis del pensador español Manuel Reyes Mate. Durante siglos la memoria fue una categoría menor, asociada al sentimiento y al tradicionalismo. La cosa cambió en el siglo XX. Con Maurice Halbwachs pasa a ser una aliada del progreso, y con el filósofo Walter Benjamin, una forma de conocimiento. El campo de exterminio de Auschwitz revela un nuevo aspecto: el deber de memoria. Ese cuadro obliga a pensar de nuevo la política, la moral, la estética y también la epistemología, teniendo en cuenta la memoria de la barbarie.

Necesitamos la memoria para que Auschwitz no se repita ni se olvide. La singularidad de Auschwitz estriba en ser precisamente un proyecto de

olvido. Nada debía quedar: ningún rastro físico del crimen, para que no hubiera posibilidad de memoria (p. 80).

El filósofo Adorno planteó la necesidad de un nuevo imperativo categórico: “*el imperativo de la memoria*”, que no consiste sólo en recordar para que la barbarie no se repita, sino, más incisivamente, en reorientar el pensamiento y la acción para que Auschwitz no se repita.

Hoy es necesaria también una dimensión política de la memoria para intentar resarcir lo más justamente posible a las víctimas y para procurar dejar de generar otras nuevas en el presente y para el futuro. Es lo que, desde hace mucho tiempo, tanto el teólogo Johann Baptist Metz como Reyes Mate, han reclamado en sus escritos: “Si concebimos la razón, tal como quiere la Modernidad, como un despliegue en el tiempo de un proyecto de libertad, entonces la memoria se constituye en la categoría más indispensable de una filosofía que se entiende a sí misma como forma teórica de aquella razón que, como libertad, quiere devenir práctica. Una razón política que piense lo político como libertad tiene que ser *anamnética*. Pero ¿está dispuesta la política a someterse a la autoridad de la memoria? ¿Está

dispuesta la razón a conformarse desde la memoria?” Vivimos en una cultura de la amnesia y hará falta muchas energías para pensar la ética y la política, el derecho y la justicia, la verdad y la belleza desde la memoria de los vencidos. Esa memoria de todos los injusticiados también ha de repercutir en la teología para que su aportación sea más verazmente redentora.

El **tercer capítulo** lo titula el autor: “**Realizarse humanamente**”. Esto significa sobre todo asumir el principio de responsabilidad. Ser responsable del otro indica responder a la demanda del otro y responder de la vida y de la muerte del otro (Joan Carles Mélich).

La ética es la posibilidad humana de otorgar al otro la prioridad sobre uno mismo. Es dejar que el otro pase antes que yo (E. Levinas). Un posicionamiento ético significa tomarse en serio al otro, es decir, poner al otro como punto de partida. El dolor del otro, del que no tiene poder, del que no tiene palabra, es también mi dolor, un dolor que es constitutivo de mi subjetividad humana.

Lo sagrado, lo religioso y lo espiritual son auténticos, aceptables

y medios para encontrar a Dios en la medida, y solo en la medida, en que nos humanizan, nos hacen más básicamente humanos, es decir, nos hacen coincidir con aquello en lo que todos los seres humanos somos iguales y, por tanto, nos llevan a identificarnos en aquello en lo que todos coincidimos (José María Castillo).

En el **cuarto capítulo**, José Ramón reflexiona sobre “**La justicia restaurativa**”. El progreso de la historia es el causante de tanto sufrimiento injusto, y que genera tantas víctimas. Evidentemente no se trata de una vuelta a la caverna, pero lo que se quiere decir es que no es lo mismo entender el progreso como objetivo de la humanidad que a la humanidad como objetivo del progreso. En el primer caso, es la humanidad del hombre el objetivo del progreso, mientras que en el segundo caso, el progreso es el objetivo al que hay que sacrificar al hombre (Walter Benjamin).

Por ese motivo, la compasión impele necesariamente hacia un cambio de rumbo para que el progreso sea humano. Tiene que ser posible otra manera alternativa de realizar el progreso, porque este modelo es inhumano. Este sistema que genera

víctimas debe ser detenido por *el principio compasión*, para que emerja otro sistema social más humano.

Esta idea que acabamos de señalar está relacionada con el pesaje del Buen samaritano. Como afirma con acierto Dolores Aleixandre: “Si te detienes a cuidar de un desconocido medio muerto, te expones a echar a perder tus planes, tu tranquilidad, tu tiempo, tu aceite, tu vino y tus denarios. Pero en su reacción se revela la obstinada lógica de Jesús: “No midas, no calcules, deja que el amor te desapropie: serán los otros quienes te devuelvan tu identidad, justo cuando tenías la impresión de que estabas perdiendo tu vida” (p. 143).

Para el cristianismo la realización individual supone hacerse cargo del sufrimiento del otro. A lo que asistimos actualmente es una ruptura de la débil relación kantiana entre moralidad privada y pública, absolutizando la perfección propia al margen de todo “deber de justicia, que consiste en contribuir a la felicidad ajena (Reyes Mate).

Creemos que lo que añade la dimensión mesiánica a una visión profana de la historia es sencillamente el derecho a la felicidad de todos los seres humanos, incluso de los fracasados.

En el **quinto capítulo** tiene como objetivo responder a la pregunta: **¿Qué aporta la fe cristiana?** Por ser memoria *passionis et resurrectionis* a la vez, la fe cristiana puede presentarse como sustento salvífico para todos los injusticiados y para todos los comprometidos a favor de la justicia y de la dignidad humana. El programa cristiano para el mundo consiste en el estilo compasivo de Jesús con responsabilidad por la humanidad desde la sensibilidad hacia el sufrimiento injusto en un mundo globalizado y plural en cultura y religiones.

La compasión consiste en el abandono del yo y contiene una mística con los pies en la tierra, cuyas consecuencias son la paz, el reconocimiento y la igualdad. La Iglesia tiene la responsabilidad de traslucir esa *compassio*.

El Cristianismo no es solo *memoria passionis*, sino de *memoria resurrectionis*, a causa de la compasión. Ahora bien, la resurrección de Jesús no es una especie de compensación por el fracaso histórico representado en la cruz. La resurrección estaba tomando forma, se estaba anticipando en esa lucha contra el mal y a favor de la vida. La resurrección de Jesús no ocurrió

como algo totalmente destacado del resto de la vida de Jesús. La vida de Jesús fue la crónica de una resurrección anunciada (p. 192).

La compasión, que es identitaria del Reino proclamado y realizado por Jesús de Nazaret, también está presente en la racionalidad secular y en la acción pública. El Reino de Dios se hace patente en la Iglesia y en su teología cuando su praxis y su reflexión son compasivas; pero no es exclusivo de ellas: **también se hace presente el Reino fuera de la Iglesia mediante la compasión.** La compasión es un principio de primer rango: la parábola del samaritano contiene una crítica al sacerdote y al levita, quienes al servicio de un interés “de más alto rango”, pasan de largo frente al herido en el camino, asaltado por los ladrones. Según Jesús, quien busca a Dios no conoce ningún “interés de más alto rango”; quien dice Dios está expuesto a que el sufrimiento de los otros pueda atentar contra sus propias ideas religiosas” (Metz). Y también la compasión se erige en principio de mayor rango para quienes, sin haberse encontrado explícitamente con Dios, se empeñan solo en realizar humanidad, porque están dotados de compasión (p. 204).

En el **sexto y penúltimo capítulo**, José Ramón intenta demostrar por qué *ahora es el tiempo oportuno*. Es tiempo sobre todo para que cada uno se cuestione cómo está en esta historia que es única. En esta historia única estamos llamados a estar desde una responsabilidad compasiva que implica practicar la desobediencia a las normas que impiden realizar humanidad, y esa desobediencia es acertada humanamente y también religiosamente. En esto nos resulta iluminador de nuevo la parábola del buen samaritano. Como destaca con acierto el monje benedictino Lluís Duch: “La parábola del buen samaritano es una ejemplificación excelente de cómo la causalidad – el hecho fortuito de que el samaritano encuentre al judío malherido a la vera del camino- es la situación en la que, para bien y para mal, se encuentran implicados los protagonistas de la parábola. Y es justamente en esa situación, casual, dramática e imposible, en la que el samaritano se muestra decidido a transgredir, mediante una explícita desobediencia correcta las normas que tenían vigencia en su pueblo, mientras que el sacerdote y el levita, que retóricamente y con una pretendida dignidad se mantienen fieles a la ley judía, se convierten en genuinos representantes, censurados por Jesús,

de la obediencia incorrecta. Aquí se expresa una de las paradojas de la fe: el sacerdote y el levita, obedeciendo, desobedecen, mientras que el buen samaritano, desobedeciendo, obedece” (p. 212)

El discurso sobre Dios sólo puede ser universal, es decir, significativo para todos los seres humanos, si, en su núcleo, es un discurso sobre un Dios sensible al sufrimiento de los otros. A ese Dios no impassible, sino compasible, remite la parábola del samaritano: “Todo esto aparece en el lenguaje plástico de una sociedad provinciana y arcaica – y sin tener en cuenta a los problemas estructurales de las sociedades de la modernidad tardía-, pero dicha parábola pone todo discurso sobre Dios en el ámbito de la sensibilidad hacia el sufrimiento del otro. Esta sensibilidad no es la consecuencia moral del discurso bíblico sobre Dios, sino su presupuesto vivencial” (Metz). Este Dios encarnado no es sensible al sufrimiento por ser moralmente bueno (“¿por qué me llamas bueno?”), sino por ser existencialmente humano (p. 230).

Finalmente, el **séptimo capítulo** que lleva como título “**Una Iglesia bien humana**”. En este último capítulo, José Ramón afirma que

“*el principio compasión*” será el que identificará a la Iglesia como cristiana. La compasión samaritana es constitutiva de la eclesiología y de la eclesiopraxis. Lo que el mundo espera de los católicos es que hablen con voz alta y clara, y que hagan su condena de tal manera que la duda, jamás una sola duda, pueda levantarse en el corazón del hombre más sencillo. Lo que el mundo espera es que salgan de la abstracción y que se pongan frente al rostro ensangrentado que ha tomado la historia hoy” (Albert Camus) (p. 235).

El tema de la verdad es una cuestión que la Iglesia ha destacado en estos últimos años frente al problema del relativismo. Creemos que “dejarse interpelar por el sufrimiento (ajeno) es condición de toda verdad” (Adorno). Esta idea de verdad es la que debe distinguir a la Iglesia y a la Teología Pastoral.

Estamos llamados a pasar de una concepción de la teología solo ilustrada a una concepción ilustrada por la realidad y por la historia. La compasión ante las víctimas concretas pone a la teología pastoral en su adecuado lugar teológico, desde el que dará buenos frutos.

Para concluir desearía presentar algunas **observaciones** a esta obra. La primera observación se refiere a las conclusiones que el autor presenta al final del trabajo. Creemos que esa parte que es la que más relación tiene con la Teología Pastoral, se debería haber propuesto como el capítulo central de todo el libro, y no como conclusión. Pero sobre todo haber demostrado cómo la Teología Pastoral debe replantear sus temas a partir del principio compasión. A lo largo de la lectura del libro, me he cuestionado si este trabajo es más un tratado de Ética filosófica en diálogo con la Teología que un libro de Teología Pastoral.

Una segunda observación, está relacionada con la aclaración que el autor hace al teólogo Jon Sobrino. Afirma así Pascual García: “Aunque Jon Sobrino traduce *splaginisce* como movido a misericordia, su auténtico significado es “*movido a compasión*”. Por tanto, lo que Sobrino llama “principio misericordia” es en propiedad, el “**principio compasión**” específico de la parábola lucana del samaritano, quien, movido a compasión, practica la misericordia. Es la compasión lo que yo elevo a principio de todo. La compasión es el principio estructurante también de la misericordia” (p. 198). Sin embargo,

a lo largo de este libro los conceptos misericordia y compasión se utilizan al mismo nivel o con idéntico significado. A su vez, esto nos llevaría a otra aclaración. La misericordia es la palabra que revela el misterio de la Santísima Trinidad (ver Papa Francisco, *Misericordiae vultus* (MV), n° 2). ¿Tenemos que decir a partir de ahora que la compasión es la palabra que revela el misterio de la Trinidad? ¿No se debería aclarar con rigor los conceptos **amor, misericordia y compasión**? ¿Cuál es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia? ¿Es la misericordia o la compasión? (cfr MV, n° 10).

Otra observación está centrada en el pasaje de Lucas 10, 25-37, que es el texto del buen samaritano. Aquí creemos que falta un análisis más preciso del texto desde la exégesis. Se echan de menos los trabajos de W. Warren, *Métodos de exégesis de los evangelios*, en donde se puede ver un análisis muy detallado de la parábola; también los trabajos de J. Jeremias, *Las parábolas de Jesús*; o el libro de José A. Pagola, *Jesús y la misericordia*.

Finalmente, una última observación está relacionada con el tema de la compasión en las otras religiones. José Ramón ha planteado con

profundidad el tema de la compasión en diálogo con la filosofía, con la cultura secular. Sin embargo, en la era del pluralismo religioso, y sabiendo que el diálogo interreligioso es quizá uno de los signos de los tiempos más importante para la Iglesia, hubiese sido muy necesario un apartado dedicado al tema de la compasión en las otras religiones. En este sentido veo muy sugerente el libro del Dalai Lama, *Caminos de fe. Cómo las religiones del mundo pueden convivir unidas*. Para el autor ha llegado el momento a los seguidores de las grandes religiones del mundo de trabajar unidos por la creación de un mundo más pacífico y compasivo.

Es mi deseo animar a mucha gente a que lea este libro en estos momentos difíciles que estamos viviendo, a causa de la pandemia del coronavirus, en los que vamos a necesitar poner en práctica el “principio compasión” que nos propone José Ramón. Y me uno también a lo que afirman tanto Felicísimo Martínez en el prólogo como Tomás Ramírez Pascual en el epílogo del libro: **“Hemos tenido mucha suerte en el hecho de que este libro cayera en nuestras manos”**.

Juan Pablo García Maestro

Luis MARTÍNEZ ANDRADE, *Ecología y teología de la liberación. Crítica de la modernidad/colonialidad*, Herder, Barcelona 2019, 403 pp.

Este libro, basado en una tesis doctoral en sociología de su autor, revela, a partir de su título, toda la motivación que le mueve. Si la teología de la liberación es su principio rector, no duda en reunir en torno a ella a todos los demás grandes temas del pensamiento latinoamericano actual: la crítica de la modernidad, la evolución del movimiento modernidad/decolonialidad, las reivindicaciones de los campesinos e indígenas, la denuncia del neoliberalismo o las utopías de la emancipación. El mérito de Luis Martínez Andrade es relacionar estos temas con los diferentes avatares de la teología de la liberación a lo largo de su historia. Este enfoque es esencial si queremos entender que la teología de la liberación, lejos de ser una ideología fija, tiene una historia que ya alcanza más de 50 años.

Desde los años sesenta, cuando la teología de la liberación denunció como escándalo la opresión y la pobreza en América Latina, se vio obligada a diversificar sus enfoques ante las catastróficas consecuencias

para los pueblos de las recetas neoliberales de los años ochenta. Si bien existe una importante tendencia a denunciar el dogmatismo del «pensamiento único» neoliberal, como la nueva idolatría, otras tendencias denuncian el hecho de que los valores de este pensamiento, la competitividad o la racionalidad económica, van en contra de los fundamentos materiales y culturales de la vida, o denuncian el desprecio de una teología, hecha para los «blancos», hacia las culturas indígenas y su sabiduría popular que defiende la idea de un hombre que vive en simbiosis con la naturaleza y la vida comunitaria.

Para captar estos movimientos históricos, el libro de Luis Martínez Andrade se estructura en torno a cuatro temas principales, cada uno de los cuales constituye un capítulo: los fundamentos de la teología de la liberación, su evolución, la historia personal e intelectual de sus protagonistas más importantes y su evolución reciente. El conjunto, sin embargo, se centra en un análisis más detallado de la evolución del pensamiento de Leonardo Boff, figura central de la corriente más reciente y original de la teología de la liberación, la ecología de la liberación.

Si el rasgo principal que define la teología de la liberación es la elección prioritaria de los pobres, no debemos olvidar su lado teológico, el de una exégesis radical contra la idolatría, que considera que el verdadero Dios, a diferencia de los ídolos, odia los sacrificios humanos, cualquiera que sea su forma. Como dice Michael Löwy, la teología de la liberación representa así una síntesis original entre tradición y modernidad. Su modernidad se expresa en la defensa de las libertades modernas, una crítica al capitalismo que no es solo una condena moral y una valoración positiva de las ciencias sociales, incluido el marxismo. La crítica al economicismo de la sociedad burguesa, su culto al crecimiento, su individualismo, así como la idea de la necesidad de restablecer la cohesión social mediante la construcción de grupos utópicos voluntarios, que están, por otro lado, más arraigados en la tradición cristiana.

Pero lo que caracteriza el interés y la originalidad del enfoque de Luis Martínez Andrade es, en mi opinión, su idea de vincular la teología de la liberación a la crítica de la modernidad/colonialidad y, de esta manera, llegar a la actual biocolonialidad y a los problemas ecológicos que plantea. Consciente

de esta situación, la teología de la liberación se basó inicialmente en la teoría de la dependencia, que fue la dominante en su nacimiento. Pero muy pronto, los teólogos de la liberación se interesaron en un campo, el de las luchas campesinas e indígenas, a menudo consideradas como luchas premodernas, destinadas a ser reemplazadas por las luchas proletarias. Este apoyo a las luchas consideradas precapitalistas explica en gran parte la posición de la teología de la liberación sobre el pensamiento posmoderno. En efecto, la mayoría de los teólogos de la liberación, en particular E. Dussel, critican el pensamiento posmoderno y su rechazo de las grandes narrativas como una posición que, en nombre de un mundo de puras interpretaciones, contrasta con la innegable realidad que representa el punto de vista de la vida de las víctimas.

Su autor es Luis Martínez Andrade (Puebla, 1981), doctor en Sociología por la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París. En 2009 recibió el primer premio del Concurso Internacional de Ensayo “Pensar a contracorriente” organizado por el Instituto Cubano del libro, el Ministerio de la Cultura de Cuba y la Editorial Ciencias Sociales. Ha realizado un par de estancias posdoctor-

rales en la Université Catholique de Louvain (CriDIS) y en el Collège d'études mondiales/Fondation Maison des sciences de l'homme. Sus principales temas de investigación son la sociología de la religión y de la cultura, la teoría crítica, la ecología política, el marxismo latinoamericano y el giro decolonial.

En conclusión, este libro tiene el gran mérito de plantear preguntas y abrir nuevas vías de reflexión sobre un tema, la teología de la liberación y su vertiente ecológica, que se encuentra en pleno desarrollo. Aconsejo vivamente su lectura.

José Luis Guzón Nestar,

CATEQUESIS Y PASTORAL

FRANCISCO, *Las huellas de un pastor. Sobre la homilía*, Publicaciones claretianas, Madrid 2019, 88 pp.

En 2019, la editorial Publicaciones Claretianas publicaba un libro con el título "*Las huellas de un pastor. Sobre la homilía*". Se trata de una conversación del jesuita italiano Antonio Spadaro con el papa Francisco. En esta entrevista, nos da a conocer las muchas facetas de nuestro actual Papa.

El prólogo del libro está escrito por el Cardenal Aquilino Bocos Merino. En éste afirma con precisión cómo hay que preparar una buena homilía según el papa Francisco: "Preparar una buena homilía requiere, sobre todo, *una preparación espiritual y una actitud de discernimiento*. En definitiva, lo que el predicador pretende es ayudar a que aquel que lo escucha acoja de corazón lo que el Señor quiere decirle para su vida. No es fácil. Es un arte que requiere saber ubicarse bien ante Dios y también ante la situación vital o existencial del oyente" (p. 7).

Cualquiera que siga las homilias del papa Francisco, puede descubrir en ellas la voz del pastor que habla a su grey "**de corazón a corazón**".

La primera parte del libro es una reflexión de Spadaro sobre "La homilía en Francisco". Cuando uno lee, escucha y estudia las homilias del actual Papa, descubre que hay en ellas una estructura lingüística dialógica básica que permite el diálogo entre Dios y su pueblo. El predicador es, pues, un instrumento de unión que permite el encuentro entre Dios y su pueblo.

Una predicación puramente moralista o exegética empobrece la comunicación entre los corazones, comunicación que, para Bergoglio, posee un

carácter casi sacramental, en la medida en que la fe viene de la escucha y la escucha se refiere a la palabra de Cristo (cfr. Rom 10, 17). Si la homilía no crea un lenguaje entre Dios y el pueblo, de manera que después cada uno pueda desarrollar su relación personal con Dios, entonces es una auténtica pérdida de tiempo.

Hay que destacar también que ese diálogo del Señor con su pueblo se lleva a cabo en un “**marco materno**”. Así lo expresa el papa Francisco en su exhortación programática *Evangelii gaudium* (EG):

“Dado que la Iglesia es madre, predica al pueblo como una madre que le habla a su hijo, sabiendo que el hijo confía en que todo lo que le enseñe será para bien porque se sabe amado. Además, la buena madre sabe reconocer todo lo que Dios ha sembrado en su hijo, escucha sus inquietudes y aprende de él. El espíritu de amor que reina en una familia guía tanto a la madre como al hijo en sus diálogos, donde se enseña y aprende, se corrige y se valora lo bueno; así ocurre en la homilía” (EG 139).

Una característica que ha de tener todo el que predica es **la comprensibilidad**. Porque el hombre de hoy, más que discursos simplemente cla-

ros, irrefutables, lo que necesita son discursos, que posean la complejidad de las situaciones, de las experiencias, de la vida que, a veces, no es y no puede ser tan “clara”. Más aún, la vida verdadera nunca es clara y distinta como una idea. La claridad del Papa se coloca a otro nivel: “es la de opciones, del compromiso, de la mutación para actuar, de la profecía que llama pan al pan y vino al vino” (p. 16).

Para el papa Francisco el lenguaje teológico es importante, pero no hay nada peor que una predicación burocrática, diríamos “teo-técnica”. La predicación exige una actitud materna. Así comprendemos por qué Jorge Bergoglio, al predicar, no solamente pretende hablar al corazón de los fieles, sino también presentarles una Iglesia misionera, de puertas abiertas.

En las homilias de Francisco se descubre el sentido profundo del arte homilético: un anuncio que cabe centrarse en lo esencial, lo necesario, que, por otra parte, es lo que más apasiona y atrae, y lo que hace arder el corazón, como a los discípulos de Emaús (Cfr. Lc 24, 13-32).

En *Evangelii Gaudium* el Papa ha ofrecido algunas indicaciones muy precisas sobre cómo se prepara una ho-

milía, fruto de la experiencia y no de la lectura de manuales de homilética. El primer paso, después de invocar al Espíritu Santo, es prestar toda la atención al texto bíblico, que debe ser el fundamento de la predicación (cfr EG 146). El estudio es fundamental. Pero lo primero es Dios. En efecto, la eficacia depende de Dios y no de la palabra humana. El predicador debe estar dispuesto a dejarse conmover por la Palabra y a hacerla carne en su existencia concreta (cfr EG 150). “Antes de preparar concretamente lo que uno va a decir en la predicación, primero tiene que aceptar ser herido por esa Palabra que herirá a los demás, porque es una Palabra viva y eficaz, que como una espada penetra hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos, juzga los deseos e intenciones de corazón” (Hb 4, 12) (EG 149).

Si el primer paso es la escucha atenta de la Palabra de Dios, el segundo paso es la extensión, en círculos concéntricos, de esta relación personal, hasta implicar a todo el pueblo fiel de Dios. “Quien predica, necesita también poner un oído en el pueblo, para descubrir lo que los fieles necesitan escuchar. Un predicador es un contemplativo de la Palabra y también un contemplativo del pueblo” (EG 154).

Hace falta sensibilidad espiritual para saber leer en los acontecimientos el mensaje de Dios, y esto es mucho más que encontrar algo interesante que decir. La cuestión, por tanto, es: ¿qué tiene que decir el Señor en esta circunstancia? Por eso la oración personal sobre las lecturas es para el papa Francisco un tiempo fundamental: por decirlo en términos musicales, casi el “bajo continuo” de su acción.

La última parte del libro lleva como título “Las huellas de un pastor. Una conversación con el papa Francisco”. Se trata de una entrevista concedida por Jorge Bergoglio a Antonio Spadaro, el 9 de julio de 2016.

La primera cuestión que le plantea Spadaro al Papa, es si se acuerda de su primera homilía. A lo que responde Francisco, que por lo general, no suele acordarse de las homilías pasadas. “Para mí- dice el papa Francisco- la homilía es algo tan unido a la historia concreta del momento que, una vez pasado se puede olvidar. No está hecha para que la recuerde el predicador, que debe mirar siempre adelante” (pp. 32-33).

Al Papa no le van las homilías escritas. Recuerda cuando en el seminario les enseñaban homilética, “yo ya

percibía en mí una fuerte aversión hacia los folios escritos en los que ya está todo. Estoy convencido de que entre un predicador y el pueblo de Dios no debe interponerse nada. No puede haber un papel. Puede haber un pequeño apunte, eso sí, pero no toda homilía. Y la razón que da es porque si se lee **no se puede mirar a la gente a los ojos** (p. 34).

Las homilías en Francisco tienen tres ideas o tres puntos, en vez de desarrollar un solo tema. Y la razón o motivo es que le viene de los Ejercicios ignacianos: es la formación jesuítica.

La homilía va unida al ser pastor, a la gente que hay en la comunidad y que está escuchando. Y va también unida a la oración del pastor y a la Palabra de Dios. Si faltan estas cosas, la homilía no es tal. Hablar sin papeles delante no significa no prepararse. Todo lo contrario. Para una breve homilía hace falta una preparación espiritual y de discernimiento que puede llevar casi una jornada entera.

Lo que prepara para predicar es escuchar **la vida de la gente**. Cuanto más cerca estás de la gente, mejor predicas y más acercas la Palabra de Dios a sus vidas. Así se une la Palabra de Dios con una experiencia que necesita esa Palabra. Cuanto más te ale-

jas de la gente y de los problemas de la gente, más te refugias en una teología encerrada, en el “se debe o no se debe”, que no comunica nada; una teología que está vacía, es abstracta, perdida en la nada, en el mundo de las ideas. A veces con nuestras palabras respondemos a preguntas que no nos hace nadie. Jesús de Nazaret hablaba desde el contacto con la gente. Las homilías del Señor eran directas, concretas. Él hablaba de las cosas que los campesinos y los pastores conocían por experiencia. No hablaba de conceptos abstractos.

El papa Francisco afirma que fue párroco en la parroquia del Patriarca San José, en el Colegio Máximo (Buenos Aires). Para él, el mejor recuerdo era la misa de los niños. La misa de los niños era la cosa más bonita (pp. 54-55). Hacía de párroco sobre todo con los niños. Y como párroco dedicó mucho tiempo a confesar.

El Papa muestra su preocupación por las liturgias rígidas y preconciarias. Personas demasiado jóvenes para haber vivido la liturgia preconciar y que, sin embargo, la quieren. A veces se ha encontrado con personas muy rígidas, con una actitud de extrema rigidez. Detrás de esa rigidez se descubre que tras ella se esconde siempre algo: inseguridad, incluso otras co-

sas... La rigidez es defensiva. El verdadero amor no es rígido (p. 61).

Quien conoce la forma de predicar del papa Francisco, afirma que a veces da bastonazos. También ve que su palabra tiende a interpelar, estimular. Él cree que a veces hay que dar palos, otras veces estimular, otras veces las dos cosas al mismo tiempo. En definitiva, Jesús también lo hacía. Leamos las bienaventuranzas de san Lucas: Bienaventurados, bienaventurados. ¡Ay de vosotros! ¡ay de vosotros! (p. 65).

Un tema muy importante en el pensar y obrar del Papa es la categoría Pueblo de Dios. Pero es un tema que hay que aclarar, pues Pueblo no tiene nada que ver con populismo, de política populista, de programa populista. Y esto es un error. "Pueblo" no es una categoría lógica, ni una categoría mística, si lo entendemos en el sentido de que todo lo que hace el pueblo es bueno, o en el sentido de que el pueblo sea una categoría angelical. Para Bergoglio, Pueblo es una **categoría mítica**. Pueblo es una categoría histórica y mítica. El pueblo se construye en un proceso, con el compromiso orientado hacia un objetivo o un proyecto común. La historia se construye a partir de este proceso de generaciones que se suceden dentro

de un pueblo. Para comprender a un pueblo hace falta un mito. Cuando explicas lo que es un Pueblo utilizas categorías lógicas porque tienes que explicarlo, y esto hace falta. Pero así no explicas el sentido de pertenencia al pueblo. La palabra "pueblo" tiene algo más que no se puede explicar de manera lógica. Ser parte del pueblo es formar parte de una identidad común, hecha de lazos sociales y culturales. Y esto no es algo automático, al contrario: es un proceso lento, difícil... hacia un proyecto común (pp. 66-67).

En cuanto al *Pueblo de Dios*, el papa Francisco pone el ejemplo de Jesús de Nazaret a quien le seguía la gente porque traía aire fresco y hablaba con autoridad. No era como los doctores de la Ley que colgaban a los hombros de la gente con tantas obligaciones. Para predicar al pueblo hay que mirar, saber mirar y **saber escuchar**, entrar en el proceso que está viviendo, sumergirse en él.

Por eso el Papa invita a entrar en las miserias humanas, a mancharse con las miserias humanas, sabiendo que el Señor trabaja dentro de ellas (pp. 71-72).

¿Puede tener una homilía un impacto político? Para Bergoglio

la homilía es siempre política, porque se hace en la *polis*, en medio del pueblo. Todo lo que hacemos tiene una dimensión política y **afecta a la construcción de la civilización**. Puede decirse que incluso en el confesionario, cuando das la absolución, estás construyendo el bien común. Esta es política grande. La gran política es la que, para el cristiano, construye el reino de Dios. Los cristianos no pueden ser apolíticos. Basta leer **la Carta a Diogneto** para comprenderlo. El ciudadano está llamado a asociarse en vistas al bien común en diálogo con todas las fuerzas vivas de la sociedad. Tenemos que encontrar formas nuevas de diálogo y de convivencia en nuestras sociedades pluralistas. Por tanto, hay que pasar y repensar la relación entre Iglesia, y la plaza pública, pero la predicación entra dentro de ello: no es algo abstracto, fuera del bien común. En este sentido, la homilía es siempre política (pp. 73-75).

Finalmente, el papa Francisco recuerda que el predicador debe ser creativo: “si no es creativo es estéril”. Por eso aconseja leer novelas y poesía. Afirma que escritores como Dostoyevski le ayudaron mucho en la predicación, especialmente la obra “*Los hermanos Kamarazov*”. O también

la *Divina Comedia* de Dante y los escritos de Hölderlin.

Creemos que el sencillo testimonio personal de un Papa que nos habla de cómo entiende la homilía será el verdadero estímulo para tantos pastores que no dejan de aprender y de buscar cómo alimentar mejor a la porción de pueblo de Dios que les ha sido confiados.

Es de justicia agradecer al autor de la entrevista, al teólogo Antonio Spadaro, director de la revista *Civiltà Cattolica*, por este pequeño tesoro que nos ha dejado para la historia.

Juan Pablo García Maestro

Federico GÓMEZ COSTA, *Mira las estrellas. Ideas y recursos para ver Star Wars en clave evangélica*, San Pablo, Madrid 2019, 167 pp.

Esta sencilla obra de Federico Gómez es fundamentalmente un intento, muy bien logrado, de presentar de un modo catequético esta serie que varias generaciones han visto y en la que se han formado: *Star Wars*.

El cine ha sido siempre un recurso muy práctico para la evangelización,

para la catequesis y para la enseñanza religiosa escolar. Este podría considerarse un producto típico, pues su interés está centrado en considerar el cine como un recurso al servicio de la educación y evangelización.

¿Por qué *Star Wars*? Como, señala el autor, en la *Introducción*: “El fenómeno de masas que ha movido y mueve *Star Wars* solo es comprensible si trasciende la entretenida historieta que ofrece. La saga es mucho más que sables, láser, robots astromecánicos y naves espaciales. Algunos de sus personajes son arquetipos que representan nuestros miedos y nuestras esperanzas, y tiene un trasfondo inspirado en tradiciones espirituales y perspectivas antropológicas que configuran nuestra forma de entender el mundo. Hay mucha Verdad en esta trama de ficción fantástica” (p. 9).

Solo se detiene su autor en las películas de la saga y, además de lamentar el hecho, señala que no es su intención realizar una revisión completa y minuciosa, sino “señalar algunas interpretaciones espirituales y cristianas que faciliten al lector su propia lectura evangélica del resto” (p. 11).

El libro consta de tres partes. En la primera parte, encontramos un

poco de teoría sobre el género de la fantasía y la ficción al que pertenece. En segundo lugar, se ofrece el análisis o comentario del contenido espiritual de la saga. Finalmente, se nos facilitan una serie de propuestas para utilizar esta saga como recurso evangelizador a través del cineforum. Los anexos que cierran la obra tienen un gran valor, pues nos explican a los principales personajes de *Star Wars* y nos aclaran la trama de las entregas.

Su autor es Federico Gómez Costa, titulado en Ingeniería Superior de Montes y Bachiller en Ciencias Religiosas. Es profesor, tanto en Secundaria como en Bachillerato, de Ciencias y de Religión en el colegio San Antonio Abad de Valencia (Salesianos) En su vocación por enseñar e investigar sobre la vida de fe y del Espíritu imparte las asignaturas “Islam para la integración pastoral de musulmanes” e “Identidad religiosa y diálogo interreligioso” en el ISCR Don Bosco. Además, disfruta escribiendo artículos aquí y allá y brevísimos relatos de teología ficción en la cuenta @theologyfiction. Muy recomendable para profesores de religión de colegios e institutos.

José Luis Guzón Nestar,

Scott HAHN, *La primera sociedad. El matrimonio y la restauración del orden social*, Rialp, Madrid 2018, 185 pp.

Esta obra, aparecida con el título *The First Society: The Sacrament of Matrimony and the Restoration of the Social Order* (Steubenville, 2018), nos ayuda a evidenciar como en los últimos cinco decenios, el matrimonio ha disminuido, mientras que el número de familias rotas ha aumentado considerablemente. Los males de la sociedad a los que nos enfrentamos hoy en día son el resultado directo de la ruptura de la familia tradicional.

Hahn en este libro nos muestra dónde estamos como pueblo de fe en una cultura que ya no valora esa fe. Pero ese no es el final de la historia. Si respondemos a la llamada de Jesús podemos esforzarnos y trabajar por el cambio que él puede completar en nosotros.

En la búsqueda de recursos para ayudarnos en este esfuerzo, encontramos el libro de Hahn, quien señala que, por medio del Sacramento del Matrimonio, es posible una sociedad verdaderamente pacífica y humana.

En la *Introducción*, el Dr. Hahn afirma: «En el matrimonio encontramos la

comunidad humana fundamental, de la que emanan las demás comunidades. Si entendemos bien el matrimonio, podremos no sólo transformar nuestras familias... sino transformar el mundo» (p. 13).

A lo largo del libro, subraya que, a través del poder del sacramento del Matrimonio, las parejas reciben la gracia de vivir contraculturalmente, en amor mutuo y unidad.

La obra cuenta con una introducción, catorce capítulos y una conclusión en la que, a pesar del rigor de los análisis, Hahn mira el mundo y la realidad de la familia de un modo optimista, como cuando señala: “por eso este libro fija sus ojos en Dios, fuente de esperanza; porque apartar de Él la mirada significa coquetear con la desesperanza” (p. 17).

¿Quién es Scott Hahn (1957)? Nuestro autor ocupa la Cátedra de Teología Bíblica y Nueva Evangelización de la Universidad Franciscana de Steubenville, donde ha enseñado desde 1990, y es el fundador y presidente del Centro de Teología Bíblica de San Pablo. También es profesor visitante distinguido McEssy de Teología Bíblica y la Nueva Evangelización en la Universidad de Santa María del Lago en Mundelein,

Illinois. Ordenado como ministro presbiteriano en 1982, el Dr. Hahn entró en la Iglesia Católica en la Vigilia Pascual de 1986.

El Dr. Hahn es también el autor de más de 40 libros, entre los que podemos destacar: *Rome Sweet Home* (1993) *The Lamb's Supper: The Mass as Heaven on Earth* (1999), *Reasons to Believe: How to Understand, Explain, and Defend the Catholic Faith* (2007), *The Fourth Cup* (2018), y *Romans: A Catholic Commentary on Sacred Scripture* (2018).

¿Por qué el matrimonio? Por el ataque de la revolución sexual a esta antigua institución, que ha dejado un impresionante grado de destrucción a su paso. En 1969, el entonces gobernador de California Ronald Reagan firmó la primera legislación de divorcio de América. En 15 años, prácticamente todos los estados de la Unión habían seguido el ejemplo. De 1960 a 1980, la tasa de divorcio estadounidense se duplicó grandemente. Hoy día, los niños expuestos al divorcio son dos o tres veces más propensos que sus compañeros en matrimonios intactos a sufrir graves patologías sociales o psicológicas. Los adolescentes con padres divorciados tienen el doble de probabilidades de abandonar la

escuela secundaria que los niños de familias intactas. Las adolescentes con padres divorciados tienen tres veces más probabilidades de convertirse en madres adolescentes, mientras que sus homólogos varones tienen el doble de probabilidades de pasar tiempo en prisión.

Aparte de nuestra aceptación social y legal de la cultura del divorcio, otras tendencias también han socavado el matrimonio. Desde 1973, más de 60 millones de niños han muerto a causa del aborto. La omnipresencia de la pornografía ha socavado el matrimonio, si no lo ha destruido agresivamente. El uso generalizado de anticonceptivos ha llevado a muchas parejas a renunciar al matrimonio, al tiempo que les anima a considerar el sexo como algo transaccional, en lugar de unitivo y procreador. Y quizás lo más importante, una plaza pública cada vez más secularizada ha persuadido a los estadounidenses, pero a toda la sociedad occidental en una medida parecida, a ver el matrimonio no como un vínculo de alianza entre el hombre y la mujer ante Dios, destinado tanto a su propio bien como al de la sociedad, sino como un acuerdo temporal entre cualquier persona basado en la preferencia personal y el sentimiento transitorio.

Scott Hahn tiene toda la fuerza de un converso, pero sus argumentos van a las cuestiones fundamentales y en el libro podemos encontrar un fiel retrato del matrimonio en la sociedad occidental, así como pistas para poder afrontar la crisis que la institución matrimonial atraviesa.

José Luis Guzón Nestar

BIBLIA

José Antonio BADIOLA, *¡Ojalá me escuchara mi pueblo...! La Palabra de Dios en la vida creyente*, Frontera, Vitoria 2019, 107 pp.

La pretensión de esta nueva entrega de la colección Frontera, confesada por el autor desde el comienzo del libro, es la recuperación de la Palabra de Dios, con conciencia de que nos falta mucho a los católicos para llegar a hacernos al conocimiento y al contacto con la Palabra que deberíamos tener, si realmente deseáramos contar con una sólida vivencia cristiana. Pero debo confesar que la lectura del libro no se hace muy apetecible. En mi opinión, el libro acude excesivamente a las citas clásicas, que resultan demasiado formales y poco inspiradoras. Se acude sobre todo a dos fuentes:

la Constitución *Dei Verbum* y la Exhortación *Verbum Domini*. Por otra parte, utiliza un estilo tan dogmático y magistral que no comunica ni deseo de continuar la lectura ni apetencia de una mayor profundización. En un tema tan interesante como el de la Palabra de Dios habría esperado algo más de inspiración.

Destaco algunos aspectos que me han parecido más iluminadores, subrayando especialmente la reflexión sobre el evangelio. Dentro de todo el conjunto de la Palabra de Dios, es especialmente significativo lo que el evangelio dice sobre la propia Palabra, que es Jesús mismo: la invitación a escucharle, la obediencia que el mismo Jesús pide respecto a su persona, la invitación a la conversión, la necesidad de proclamar la Palabra, su autoridad real frente a otras palabras, la consideración de Jesús como el Maestro, el único de quien podemos decir que tiene palabras de vida...

También destaco la alusión que hace a *la ley de la paciencia*, para no desesperar en el caso de que la Palabra pueda parecer oscura y de difícil comprensión; en estos casos, es necesario esperar. Del mismo modo que la mayoría de los textos se escribieron mucho después de

que ocurrieran los hechos que en ella se narran, José Antonio Badiola aconseja tener la capacidad de esperar y de rumiar pacientemente, aunque la iluminación sobre el sentido de la misma pueda tardar en llegar. O el concepto de *espiral hermenéutica*, a partir del cual explica que la comprensión de la Palabra inspira la fe y la fe enriquece la comprensión. O una idea muy sencilla, pero llena de sentido, que recuerda los razonamientos propios del Papa Francisco, cuando dice que Dios no quiere *merodearnos*, sino *habitarlos*.

De toda la obra, es el capítulo V, “Orar con los evangelios: una aproximación en tres metáforas”, el que me ha parecido más interesante y más intuitivo. En él utiliza tres metáforas para que el evangelio irrumpa en la vida del lector con un poco más de claridad: la metáfora del cuadro, la de la ventana y la del espejo. A partir de ellas, comunica la relevancia de la Palabra de Dios hoy y siempre, y la necesidad de que todo creyente se acerque a ella. A partir de estas tres metáforas, comunica tres modos distintos de aproximarse en profundidad al texto del buen samaritano, tanto desde un punto de vista exegético como orante.

Como es habitual en esta colección, las últimas páginas ofrecen la reflexión y los textos que puedan servir de base para un retiro. En este caso, el trabajo lo ofrece Álvaro Anoz, que inicia su reflexión a partir de la visualización del cuadro de Chagall *Judío rojo*. El cuadro se interpreta a partir de una simbología que representa nuestro tiempo. Y se propone una lectura salvífica de la realidad, a partir de los símbolos de las figuras bíblicas de Moisés y Jonás.

Esteban de Vega Alonso

IGLESIA

BENEDICTO XVI, *Judíos y cristianos. En diálogo con el rabino Ariel Folger*. Edición de Elio Guerriero, Ed. Encuentro, Madrid 2019, 120 pp.

Los protagonistas de este libro son un pontífice anciano cuyas palabras resuenan como un eco de un mundo lejano y un joven rabino que vive en la Viena cada vez más secular y dispersiva del siglo XXI. Primero se encuentran intelectualmente, luego se cartean y finalmente se conocen en persona.

Los textos recogidos aquí tienen su origen en el 50 aniversario de la

declaración del Concilio Vaticano, *Nostra aetate*, un documento que supuso un viraje decisivo en las relaciones entre cristianos y judíos además de un importante cambio de mentalidad en los católicos y, en consecuencia, en la sociedad occidental. Esta apasionante sucesión de escritos, comentarios a los mismos, declaraciones públicas y reflexiones del papa emérito y su joven interlocutor, ¿acaso pueden despertar todavía interés para desterrar los prejuicios seculares y los antiguos rencores en la actual babel de la conexión permanente?

El libro inicia con el prólogo del joven rabino de Viena, Arie Folger, que afirma que lo más difícil del diálogo entre judíos y cristianos es la identidad del Mesías y la doctrina trinitaria. Para Benedicto XVI hay una sola vía de salvación. Esto ha molestado, tanto a judíos como católicos. En el fondo, también los judíos creen en una única vía de salvación, que está en contradicción con la vía de salvación cristiana.

El judaísmo es una religión no misionera. Según esta religión, la humanidad no debe hacerse necesariamente judía para la alcanzar la salvación del alma. Es suficiente con reconocerse en la alianza con Noé

y atenerse a ella. Solo los judíos están obligados a atenerse puntualmente a la Ley de la Torá.

Para Benedicto XVI existe una vía para explicar, a pesar de mantenerse firme en una vía cristiana de salvación, cómo es posible que los cristianos deban renunciar a una misión dirigida a los judíos y cómo es posible que la alianza de Dios con el pueblo judío no haya sido revocada y no sea revocable.

El Papa emérito toma claramente posición contra la teoría de la sustitución, pues para él nunca ha sido un dogma legítimo de la Iglesia y todo ello porque el cristianismo es la prosecución natural del judaísmo. Sin embargo, para el rabino Arie Folger esta opinión de Benedicto XVI constituye un revisionismo antihistórico que no tiene en cuenta el auténtico dolor que se ha infligido durante siglos a los judíos a causa de la doctrina del *Vernus Israel*. A pesar de todos los esfuerzos filosóficos del J. Ratzinger, la escultura de la sinagoga que se encuentra en la fachada de la catedral de Estrasburgo sigue siendo la de una pobre mujer ciega mientras que la Iglesia, por el contrario, irradia. Incluso los cerdos judíos de las catedrales alemanas no han desaparecido de improviso (p. 73).

No se pueden entender las enseñanzas de Jesús o de sus discípulos sin colocarlas dentro del horizonte judío: en el contexto de la tradición viviente de Israel. En consecuencia, judaísmo y cristianismo no son dos religiones intrínsecamente separadas. Ambas nacieron del judaísmo del tiempo de Jesús, que dio origen no solo al cristianismo, sino también al judaísmo rabínico posbíblico. Por eso, hay que rechazar la teoría de la sustitución según la cual el cristianismo habría tomado el sitio de Israel como pueblo elegido. Dios nunca ha renegado de su alianza con Israel. De ahí que, aun profesando la universalidad de la salvación traída por Jesucristo, los judíos tengan su vía a Dios, aunque no crean en Jesús. Que los judíos son partícipes de la salvación de Dios es teológicamente incuestionable; pero cómo puede ser esto posible sin confesar a Cristo explícitamente, es y seguirá siendo un misterio insondable.

El versículo de la carta a los Romanos en el que san Pablo habla de la irrevocabilidad de los dones y de la llamada de Dios a Israel (cfr Rm 11, 29) culmina con la doxología: “¡Oh abismo de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus designios e inescrutables sus caminos! (Rm 11, 33).

Frente a toda tentación de volver a las tesis de Marción, la Iglesia reconoce que “el Antiguo Testamento es una parte de la sagrada Escritura de la que no se puede prescindir. Sus libros son divinamente inspirados y conservan un valor permanente, porque la Antigua Alianza no ha sido revocada” (*Catecismo de la Iglesia Católica*, n° 121).

Para Benedicto XVI la primera tarea que los judíos y los cristianos están llamados a acometer es la de la recíproca reconciliación. Después del horror de la Shoah, la iniciativa de este acercamiento debe venir en primer lugar de los cristianos. No olvidemos que el evangelista san Juan en su evangelio afirma: “La salvación viene de los judíos” (Jn 4, 22), y habla de la fidelidad de Jesús a la Ley.

Otra afirmación de gran relieve en esta obra es que no existe ninguna culpa colectiva de los judíos en la condena de Jesús, que muere por el drama del pecado de los hombres. La declaración *Nostra aetate* (n. 4) ha reconocido que ningún judío que no estuviera directa y personalmente implicado en la Crucifixión asume responsabilidad alguna. Son particularmente dignas de ser conocidas las elaboraciones y las explicaciones dadas sobre este

punto por el papa Benedicto XVI, especialmente en su libro *Jesús de Nazaret. Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*.

El libro se concluye con algunas declaraciones del papa Francisco sobre el diálogo entre cristianos y judíos. Francisco reconoce que hoy podemos decir que “de enemigos y extraños nos hemos convertido en amigos y hermanos”. El Concilio Vaticano II, con la declaración *Nostra aetate*, trazó la vía: “Sí al redescubrimiento de las raíces judías del cristianismo; “no” a cualquier forma de antisemitismo y condena de toda injuria, discriminación y persecución que se deriva.

La Shoah constituye, a no dudar, el nadir histórico de las relaciones entre los judíos y nuestros vecinos no judíos en Europa. Precisamente el continente alimentado por el cristianismo durante más de un milenio, ha despuntado una cruel y malvada ramificación, que ha asesinado con precisión industrial a seis millones de judíos, entre ellos millón y medio de niños. Muchos de los que participaron en este odiosísimo crimen, exterminando a familias y comunidades enteras, habían crecido en familias y en comunidades cristianas. Al mismo

tiempo, en el curso de este milenio e incluso en tiempos oscuros, han surgido individuos heroicos -hijos e hijas de la Iglesia Católica, tanto laicos como dirigentes- que se han opuesto a la persecución de los judíos, ayudándoles en los periodos más oscuros de la historia. Dos ejemplos entre otros muchos de estos héroes de la historia son el abad Bernardo de Claraval durante las Cruzadas y Jules Gérand cardenal Siliège de Toulouse durante la Segunda Guerra Mundial (pp. 102-103).

Juan Pablo García Maestro

ESPIRITUALIDAD

Anselm GRÜM-Simo
BIALLOWONS, *Cuarentena, Cómo lograr la armonía en casa*, Herder, Barcelona 2020, 76 pp.

Una nueva obra del prolífico monje benedictino Anselm Grün, en esta ocasión acompañado por Simon Biallowons, editor jefe de la Editorial Herder. Libro muy breve, casi un opúsculo, pero de un texto denso e interesante, escrito para ayudar a vivir la pandemia del coronavirus y para aprender de esta situación herramientas y estilos de vida que nos puedan ayudar siempre. Es un

libro, por lo tanto, “de ocasión”; pero es mucho más, porque lo que los autores proponen es muy necesario para un período tan especial como el que se está viviendo durante el confinamiento, pero es válido para toda la vida.

Anselm Grün vuelve en este libro a un tema habitual en él, que domina y comunica con maestría: ¿Qué puede enseñar la vida y el estilo del monje a cualquier persona que quiera vivir con sentido? ¿Cómo la experiencia del monje, su tradición de muchos siglos, su sabiduría de vida, pueden iluminar la existencia de toda persona? Y en estas circunstancias tan especiales, el ejemplo de vida de los monjes puede, realmente, ser un modelo para todas las personas, porque ellos sí que saben vivir, por opción, con sentido y con hondura, las circunstancias que otros vivimos por pura obligación.

Hay en la vida de los monjes una sabiduría perenne, que vale para cualquier momento y situación, contrastada a lo largo de una experiencia de muchos siglos, como una escuela de vida. Capítulo por capítulo, esta sabiduría, que para muchos puede parecer anacrónica, se va revelando como una riqueza, aunque sea una riqueza oculta y, en algunos casos, poco atractiva.

La sabiduría de la escucha y de la atención al otro; el saber obedecer, tan imprescindible hoy ante las normas de las cuales depende la seguridad ciudadana; la laboriosidad humilde, que busca el bien del otro y que hace bien a uno mismo; el equilibrio vital entre la actitud espiritual y el movimiento corporal...

Uno de los capítulos más extensos de esta breve obra se dedica a la idea del ritmo y el ritual, quizá porque, como decía *El Principito*, el hombre actual ha perdido la capacidad de vivir el valor del rito. Destaca en ese capítulo la necesidad del ser humano de celebrar, de poner en su vida momentos y experiencias que le ayuden a dar sentido, a romper la cotidianidad, a salir del *chronos* productivo para entrar en un *kairós* que le haga redescubrir la capacidad de gratuidad, de donación, de liberación, de regeneración, de belleza. Un tiempo lleno de sentido siempre, se viva a nivel individual o colectivo. Vivir el rito, buscar la ritualización de determinados momentos y experiencias, no tiene nada que ver con el ritualismo. Es precisamente todo lo contrario.

A lo largo de estas páginas se aprecia el valor de la experiencia del monje y adquiere la dimensión de un maestro de vida. Para prácticamente todas

las personas, tanto creyentes como no creyentes, la existencia del monje resulta excesivamente exigente, casi un derroche, una exageración... Y lo es. Pero en este libro lo que más destaca de ella es precisamente lo que tiene de sentido común y de equilibrio en su búsqueda de la unidad. Todo responde a un porqué y un para qué: sus prácticas, sus ritmos personales y comunitarios, la proporcionalidad del trabajo, la oración, el descanso... Y, junto a este sentido común, destaca también, como siempre, el fino espíritu psicológico de Anselm Grün, maestro en el arte de acompañar y escuchar. En este libro, por ejemplo, dedica varias páginas al análisis de los ideales de las personas, de la dependencia con la que vivimos el logro de nuestros sueños, del error que cometemos cuando vendemos nuestra identidad a la consecución de nuestras metas, poniendo la vida en ellas. Somos mucho más que nuestras acciones y nuestros logros y depender del éxito para estar a gusto con nosotros mismos es un error demasiado frecuente, que falsea lo que somos y nos conduce a la depresión.

Aunque el objetivo no es ayudar a comprender la vida de los monjes, sino comunicar lo que estos nos pueden enseñar para vivir determinadas

dimensiones con sentido, la imagen del monje se percibe de un modo más claro. Entendemos a partir de este libro, sus horarios, la necesidad de los ritos, su modo de comer y de hacer de ese acto una expresión de fraternidad, aunque lo hagan en silencio, la comprensión de la celda como un espacio de especial clausura, la austeridad y la opción por tener pocas cosas personales, la obediencia, la búsqueda del equilibrio entre la proximidad y la distancia... Como ya dije, y con esta idea termino, todas estas características se revelan especialmente adecuadas para vivir una situación de pandemia, por supuesto, pero también para vivir siempre.

Esteban de Vega

Luigi GIOGIA, *Díselo a Dios, El camino de la oración, Sígueme*, Salamanca 2019, 173 pp.

Un libro más sobre la oración. Podría parecer que este tema ha sido tan tratado, comentado, analizado... y que sobre él se han dado ya tantos consejos, apreciaciones, enseñanzas, recomendaciones... que en realidad ya no queda nada que decir. Y posiblemente sea cierto que no haya grandes novedades que ofrecer sobre el tema de la oración; sin embargo, cada nu-

evo libro sobre la oración puede suponer un nuevo acercamiento para mirar lo que ya se conoce con ojos nuevos, para animar a los que van decayendo, para incentivar a los que encuentran dificultades. O quizá para corregir desviaciones, ayudar a poner los pies en la tierra cuando pensamos que orar supone grandes miras y preparaciones especiales, para invitar a quienes, a pesar de todo, no se han sentido llamados personalmente a entrar por este camino, pensando que es para cristianos de altas miras... De todo esto se encuentra en este libro, que utiliza un lenguaje sencillo y cercano, muy realista, apto para todo cristiano que se siente con-cernido y deseoso de orar, pero que a veces encuentra dificultades, que no cuenta con mucho tiempo o que no sabe cómo empezar.

El libro comienza por desmontar ideas falsas, que parecen desalentar a los que desearían orar, pero que, por lo que sea, se han hecho una imagen demasiado excelsa de la oración, o consideran que es necesario superar muchas condiciones para orar. Por el contrario, Luigi Giogia anima a orar a todos y en toda circunstancia. Una de las ideas que adquiere más consistencia a lo largo del libro, con la que inicia las páginas y prácticamente con la que las termina, en el capítulo final

que tiene el mismo título del libro, es que todo lo que vivimos puede ser motivo para orar, hasta lo peor de nosotros mismos. Todo se puede convertir en trozo de madera para avivar el fuego.

Casi todos los capítulos son muy breves y en ellos se presentan ideas diversas, de diferente naturaleza, pues en ocasiones ofrece planteamientos muy concretos, con enseñanzas útiles, prácticas, aplicables... y en ocasiones presenta ideas de mayor hondura, comunicando el sentido y el enriquecimiento que supone para el creyente adentrarse en el mundo de la oración. En este último sentido, ofrece, por ejemplo, una reflexión preciosa sobre lo que es el *chronos* y el *Kairós*, y a partir de esa imagen habla de la posibilidad que nos ofrece la oración de transformar la monotonía y la esclavitud del *chronos* en un tiempo abierto a la gracia y al milagro de vivir con sentido, escapando de las redes de la monotonía, la grisura y el sinsentido.

El libro ofrece sabios consejos, propios de un hombre avezado en el terreno de la oración por la práctica personal, lo cual le permite ofrecer ayuda valiosa a quien se inicia. Así, se sirve constantemente de la Palabra de Dios, tanto del Antiguo como del

Nuevo Testamento, como la verdadera herramienta para trabajar. Los salmos, los personajes bíblicos, la oración y la actitud vital del propio Jesús, son las referencias más habituales del libro. Varios de los capítulos, por ejemplo, son un estudio sencillo del Padrenuestro, en el cual va descubriendo diversas capas de progresiva profundidad, que nos permitan recorrer personalmente un camino que nos lleve a conocer y vivir la propia oración de Jesús.

Dedica también varios capítulos, a partir de títulos sugerentes, a profundizar en las actitudes que debemos trabajar para hacer de la oración un modo de vivir y para mejorar la propia práctica orante. De hecho, considera que orar tiene más que ver con las actitudes con las que vivimos que con los mecanismos y métodos que utilizemos. Por eso habla de humildad, confianza, paciencia, constancia, apertura a la voluntad del Padre, que no reduce nuestra libertad, sino que la agranda... De estas actitudes, da una importancia mayor, por el espacio que le dedica y la profundidad con que habla de ella, a la confianza, considerando que la gran baza respecto a la oración nos la jugamos en la confianza. Da importancia a las actitudes, sí, pero deja claro que la oración es más un dejarse hacer y un poner en

práctica la confianza que un ejercicio de voluntad y de esfuerzo, aunque el esfuerzo sea también necesario.

El libro habla constantemente de la oración, pero en muchas ocasiones parece referirse más a la vida cristiana, al modo de vivir, al modo de ser... Aclara de múltiples formas que la oración no es algo aislado del resto de la vida, sino que nos la jugamos en la vida. Y que, sea como sea, no se puede hablar de un método que valga para todos, porque para cada persona Dios tiene su propio camino de encuentro y se trata de dar con él y seguirlo.

En comparación con otros libros dedicados a la oración, en este no aparecen muchas referencias a grandes orantes y especialistas de la oración. Solamente en algunos capítulos se hacen alusiones a enseñanzas y ejemplos de orantes: Sta. Juana Francisca de Chantal, San Bernardo, San Agustín, Teófanos el Recluso, Sta. Teresa de Jesús...

Un libro, en definitiva, sencillo, agradable, de fácil lectura e iluminador. En todo caso, podría ser más breve, ya que algunos capítulos son un tanto repetitivos.

Esteban de Vega

Luis Antonio GOKIM TAGLE, *El riesgo de la esperanza, Narrar a Dios hoy*, Mensajero, Bilbao 2018, 181 pp.

El autor de este libro es el cardenal Luis Antonio Gokim Tagle, teólogo que en la contraportada del libro es presentado como una persona muy sensible a todas las pobrezas. Quizá ese es el motivo por el que actualmente es el presidente de *Caritas Internationalis*. La lectura del libro permite corroborar esta sensibilidad, por el contenido que aborda, por la sensibilidad que transmite, y por su amor a lo sencillo, lo simple, lo auténtico. Pone, de hecho, muchos ejemplos de su propia vida y de su actividad pastoral, en los que este amor y esta militancia se hacen evidentes.

El libro es el resultado de la recopilación de distintas charlas, reflexiones y ponencias, y se estructura en tres capítulos. De ellos, el primero, “La pascua no envejece”, tiene un matiz más bíblico, incluso a veces exegético, pero de una exégesis no especializada en grandes conceptos y estudios comparativos, sino de tipo pastoral, vital. El estilo recuerda las homilias sencillas de los pastores empeñados en hablar desde la vida, captar la atención y hacerse entender por el pueblo. En varios momentos reconoce

que no le gustan los problemas teóricos de tipo teológico y las doctrinas que complican la realidad en vez de ayudar a entenderla. Por eso prefiere el lenguaje narrativo. El subtítulo que ha elegido para la obra, “Narrar a Dios hoy” está más que justificado, porque el autor acude a la narración como el mejor modo de expresar la realidad de Dios. De hecho, insiste, tanto en el primer capítulo como en el resto de la obra, que es el lenguaje simbólico y el narrativo el que mejor puede expresar lo que es Dios, y así lo deja claro cuando se enfrenta a realidades que difícilmente se pueden expresar con el lenguaje habitual de las ciencias: la resurrección, la encarnación...

Seguramente el cardenal Gokim Tagle es un buen contador de historias, porque las que narra en el libro son interesantísimas, referidas a acontecimientos que le han ocurrido a él o que les han ocurrido a otras personas, y a través de los cuales se atreve a acercarse y comunicar su fe incluso respecto a los contenidos de más difícil comprensión, como por ejemplo el que se refiere al descenso de Jesús al mundo de los muertos.

En el primer capítulo, aunque se refiere específicamente a la pascua, abre ya el camino para adentrarse en el

contenido de los dos siguientes, más centrados en la realidad de la misión de la Iglesia: “Retrato robot del evangelizador” y “Anunciar el Evangelio en la solidaridad y en la reciprocidad”.

Su pensamiento está en profunda comunión con el del Papa y, como Francisco, aboga por una Iglesia que no se deje llevar por la tentación del éxito y del esplendor, sino que avance por los caminos de la insignificancia, la simplicidad, la pobreza y hasta del fracaso. Y, en consonancia con esa Iglesia, habla de cómo deben ser los evangelizadores: capaces de encender los corazones, no meros conocedores teóricos del mensaje de la fe, enciclopedias andantes, pero carentes de humanidad. Y, por supuesto, personas que superen las tentaciones sobre las que el Papa pone sobre aviso en algunas de sus exhortaciones: el egoísmo, el pesimismo, la mundanidad y la pereza espiritual...

Con este perfil del evangelizador no es extraño que la formación que exija para los evangelizadores, y que presenta de forma directa en el capítulo “Como el pozo de Sicar”, quede ejemplificada en el encuentro de Jesús con la samaritana: la figura del viajero, que se acerca y conoce a las personas, dispuesto a “estar con”,

generador de empatía y solidaridad, sin miedo al otro, que a la vez pide y exige, que dice siempre la verdad, con respeto y amor y que hable desde la experiencia.

Todo el libro es profundamente existencial. Por eso sorprende que, ya cerca del final, en el capítulo que dedica al servicio de las minorías, advierta que va a utilizar un lenguaje más teórico que existencial. Y es cierto que en este capítulo el lenguaje es más teórico, pero no por eso es menos interpelante. Su clarificación de cómo el término “minoría”, curiosamente, es un modo de referirse a amplias mayorías, es magistral, pues por medio de él nos referimos, entre otros colectivos, al tercer mundo, a los emigrantes y a las mujeres.

Esteban de Vega

Joan CHITTISTER, *Todos somos uno. Reflexiones sobre la unidad, la comunidad y el compromiso mutuo*, ST, Santander 2019, 125 pp.

“Este sencillo y pequeño libro, dice Joan Chittister, su autora, “alude a cuatro elementos de la ‘conciencia plena’ (*mindfulness*) que explican el desasosiego que afecta ahora mismo a nuestra sociedad: la madurez moral,

el testimonio espiritual, la grandeza personal y la afinidad universal” (11). Estas cuatro cosas son las que condicionan de alguna manera si pasamos por la vida como parte de la solución o del problema.

Estas poderosas meditaciones, llenas de sabiduría obtenida de líderes espirituales que han alimentado el propio pensamiento de Joan Chittister, inspiran su propia oración y lo compartido en los grupos, conduciéndola a la verdad simple pero profunda: Todos somos uno.

We are One: Unity, Community and Commitment to Each Each Each Each Another (Somos Uno: Unidad, Comunidad y Compromiso Unos con Otros) está dentro de una serie de libros pequeños, pero de gran peso de Joan Chittister publicados por 23rd Publications. Este es el séptimo libro de reflexión de la serie, que comenzó en 2009 con la publicación del best-seller *Breath of the Soul*.

La autora es Joan D. Chittister, O.S.B. (nacida el 26 de abril de 1936), religiosa benedictina de Erie, Pennsylvania, donde ha ejercido el servicio de priora durante doce años. Joan Chittister escribe una columna semanal en la web del National Catholic Reporter, “From Where I Stand”. Es

la directora ejecutiva de Benetvision, un centro de recursos e investigación para la espiritualidad contemporánea y es una conocida conferenciante y escritora sobre temas de paz y justicia, espiritualidad y asuntos de la mujer tanto en la iglesia como en la sociedad. Joan Chittister cuenta con un Master de la Universidad de Notre Dame y un Doctorado en Teoría de la Comunicación de la Universidad de Penn State.

La autora se hizo muy famosa en lengua española con la publicación de *El fuego en estas cenizas. Espiritualidad de la vida religiosa hoy* (2001) (*The Fire in These Ashes: A Spirituality of Contemporary Religious Life*, 1995). Allí nos cuenta la visita que el abad Lot realizó al abad José y la historia tan especial que le cuenta motivándolo a convertirse en fuego: «Cuenta la historia que un día el abad Lot fue a ver al abad José y le dijo: “Padre, en lo que puedo, observo una regla sencilla, hago pequeños ayunos, practico algo de oración y meditación, guardo silencio y, en la medida de lo posible, procuro mantener limpio mi pensamiento. ¿Qué más debería hacer?” El viejo monje se puso en pie, alzó las manos hacia el cielo, y sus dedos se convirtieron en diez antorchas llameantes. Entonces dijo: “¿Por qué no te transformas en fuego?”».

En *El fuego en estas cenizas*, Chittister llamaba a los religiosos, hombres y mujeres, a transformarse en fuego, a convertirse en la “abrasadora presencia” del Espíritu de Dios en el mundo. Con una asombrosa capacidad para ir directamente al núcleo de los problemas que afrontaba en aquel momento la vida religiosa, la autora identifica los signos de vida y de santidad que en ellos se manifiestan y busca los motivos de esperanza, a la vez que analiza aquellas actitudes que ocasionan un estancamiento y ofrece alternativas atrayentes y esperanzadoras.

Si en *El fuego en estas cenizas* invitaba a vivir con coraje y fuerza, en *Todos somos uno* recibimos un impulso para tender a la unidad y vivir con el corazón unificado. Así, pues, en los ocho pequeños capítulos de que consta el libro desgrana temas relativos al compromiso del ser humano con la unidad, con la unificación, con el convertirnos en seres unificados. El último capítulo precisamente lleva por título “La vida es un proceso de maduración” y en él se nos dice, entre otras cosas, que “los jardineros tienen razón: cuando hayamos madurado, floreceremos. La auténtica sabiduría consiste en ser pacientes con el proceso de maduración, que al final saca lo mejor de nosotros mis-

mos, por muy exigentes que sean las pruebas de las distintas estaciones” (p. 117).

José Luis Guzón Nestar

VIDA RELIGIOSA

Amedeo CENCINI, *Abrazar el futuro con esperanza. El mañana de la vida consagrada*, ST, Santander 2018, 118 pp.

Nadie duda que la vida consagrada está atravesando un momento complicado de su historia, especialmente en el occidente europeo. Como consecuencia de la secularización, en Europa hubo un momento de muchas defecciones, pero ahora a eso se ha añadido las escasas vocaciones que llaman a sus puertas y el envejecimiento paulatino de sus miembros, entre otras concausas. De la misma manera que Europa, o con un poquito más de mordiente, la vida religiosa, la vida consagrada, va envejeciendo de un modo llamativo.

¿Con qué actitud vive hoy la vida consagrada su propio futuro, dada la situación crítica, en muchos aspectos, que está atravesando, sobre todo debido a la progresiva contracción numérica del personal? El Papa Francisco invitó a algunas personas

consagradas a «abrazar el futuro con esperanza» en un encuentro en el Vaticano. Amedeo Cencini retoma esta expresión analizando el significado de cada término e identificando en cada uno de ellos alguna certeza para caminar con confianza en estos tiempos de crisis, y hacer que la crisis sea un estímulo (una oportunidad) para ser cada vez más verdaderos y coherentes, y para desacreditar los lugares comunes que invitan al pesimismo y a la desesperanza.

Por lo tanto, vuelve a proponer una «profecía» de los tiempos del postconcilio, que hablaba de una Iglesia que habría pasado por tiempos difíciles y se habría vuelto cada vez más pobre y pequeña, y por esta razón aún más verdadera y evangélica, más creíble y significativa para el hombre y la mujer de hoy, más relacional. De la misma manera la vida consagrada, cuanto más pobre, menos influyente, más “minoría cognitiva” (Peter Berger) en medio de la sociedad, más significativa, relacional y referencial será. Habría que recordar aquello del Obispo Acuña, uno de nuestros comuneros castellanos, que no dejaba de repetir: “La Iglesia, cuanto más pobres, más a Dios se acercará”.

Amedeo Cencini nos dice: «El problema verdadero y fundamental no es exactamente el de nuestra supervivencia (un término minimalista que todavía no es en sí mismo exaltante), sino a lo sumo el de nuestra forma de mirar al futuro. Por otra parte, nuestras instituciones no tienen ningún derecho a la inmortalidad: pertenecen a las realidades pasajeras de este mundo, aunque anuncien las definitivas del otro. A lo sumo, queremos creer en la estabilidad de la vida consagrada en sí misma, por el significado que tiene en esta peregrinación en el tiempo, como una imagen terrena de los bienes futuros, además de por la *via sanctitatis* por ella recorrida e indicada a la Iglesia desde siempre y para el *servitium caritatis* ofrecido al mundo, y en las diversas formas que podrá asumir en el tiempo, aunque sin autoatribuirnos ninguna patente o derecho a vivir para siempre. Lo que hoy se presenta problemático, y hasta contradictorio, es más bien un cierto modo de añorar el pasado que nos hace temer automáticamente el futuro, dándonos por satisfechos con un presente cada vez más precario” (p. 20).

Amedeo Cencini, sacerdote canosiano, psicólogo y psicoterapeuta, es profesor de temas psicológicos

en la formación en la Universidad Gregoriana y Salesiana. Desde 1995 es consultor de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica. Desde 2017 es miembro de la Comisión para la protección de los niños, la prevención y la formación de la Conferencia Episcopal Italiana. Es autor de varios libros en los que busca el diálogo entre la psicología moderna y la antropología cristiana.

La obra se presenta bajo esta invitación que nos ha ofrecido el Papa Francisco de “abrazar el futuro”, lo que conlleva al mismo tiempo conjurar esa “retrotopía” (esa ‘utopía retroactiva’ que lleva a mirar el pasado de un modo romántico y mítico, como si fuera un pasado de oro y no estuviera nunca muerto del todo) que puede bloquearnos en ciertos momentos e impedir que miremos al futuro de una manera profética y con confianza.

José Luis Guzón Nestar,

M^a Isabel ARDANZA MENDI-LIBAR, *Sabiduría cristiana de la reducción*, Frontera, Vitoria 2019, 91 pp.

Este libro se ha escrito a partir de una realidad muy concreta de la vida

religiosa: en el occidente europeo, la mayoría de las Congregaciones religiosas están viviendo una fuerte experiencia de reducción, tanto a niveles personales como institucionales.

La obra no aborda la estadística de los datos y ni siquiera hace alusión a ella, sino que se centra en la repercusión existencial que la reducción está suponiendo en los religiosos. Lo hace a dos niveles: como experiencia personal, dada la alta edad media de los religiosos, y como experiencia existencial, a partir del momento institucional que viven las Congregaciones. Y en este último aspecto es en el que se centra fundamentalmente, pretendiendo una lectura teológica de lo que esta realidad pueda significar. Pretende así animar a ver este momento como un tiempo de gracia, aunque la primera reacción sea precisamente la de huida.

Presenta una tesis de fondo: “El futuro de la VR se juega en la calidad de vida evangélica con la que afrontamos nuestra presente. [...] A medida que vivamos lo que la realidad nos va presentando, desde la experiencia radical de la fe, nos iremos haciendo instrumentos adecuados en manos del Señor, capaces de abrir el futuro que Él quiere y que seguramente no será el que nosotros quisiéramos”

(10). Nos propone mirar el futuro con una mirada realista, porque considera de entrada que debemos caminar más hacia una aceptación confiada de lo real que “se nos impone” que hacia el empeño de suscitar “ideologías altruistas y deseos religiosos”. Es decir: vivir en la radicalidad de la fe, sin confundir esta actitud con pasividad y providencialismo.

En determinados momentos de la obra da la impresión de que la autora apunta a una especie de huida del intento de poner la confianza en una pastoral vocacional más sólida, como si nos jugáramos el futuro de nuestra vida al hecho de conseguir más vocaciones jóvenes. Dice claramente que esa no es la salida. Tampoco, dice, se trata de caer en un reduccionismo espiritualista. Propone escapar de la atracción psicológica del ideal y vivir con realismo. Y, por realismo, curiosamente, anima a lograr un profundo sentido espiritual, sin el cual es imposible leer la realidad con ojos de fe y vivir con el espíritu necesario.

La obra tiene dos partes bien diferenciadas. En la primera, se analiza la experiencia de reducción a la luz de la Palabra de Dios. En dos capítulos, aborda la experiencia de reducción que el pueblo de Dios vivió, centrándose fundamentalmente

en el exilio. Se lee esta experiencia en clave tanto antropológica como espiritual, como expresión de la etapa más sombría de su historia. En medio de esa situación, nos encontramos con la llamada profética a la esperanza, encarnada en la figura de Ezequiel fundamentalmente. La invitación en la que se centra el profeta es la creación de “un corazón nuevo”, que nos permita “dejar a Dios ser Dios”. Y del caudal de la experiencia del exilio se nos ofrece la enseñanza de vida que supone para nuestro momento, como posibilidad de fecundidad en el trago amargo que ahora nos toca vivir.

El segundo capítulo de esta parte se centra más en el Nuevo Testamento, concretamente en el modo en que seguir a Jesús supone necesariamente una experiencia de reducción. La figura de Pedro es reveladora para el cristiano del camino de decrecimiento que exige el seguimiento de Jesús. Pedro, lleno de pasión, de deseo, de fuerza, tiene que decrecer en su protagonismo y en su mirada triunfalista, hasta situarse a la sombra de la cruz y comprender que el grano de trigo tiene que morir, viviendo un discipulado humilde y en clave de obediencia de amor.

En la segunda parte del libro se presenta la vivencia cristiana de la experiencia de reducción. En tres capítulos nos ofrece las claves para proyectar una mirada de fe sobre nuestra realidad y para fundamentar teológicamente nuestra pertenencia, de modo que pasemos de una pertenencia atraída por el ideal a otra que se sostiene en la obediencia de fe, desde la que ahondar en el sentido de la misión. Se insiste en la necesidad de clarificar lo que es la misión, sin confundir nuestros planes, ideales y proyectos que se mueven en un universo narcisista, con la misión que Dios nos confía, que exige desapropiación. De hecho, es a este campo de la misión al que M^a Isabel Ardanza dedica más espacio en esta segunda parte, presentándola como una realidad siempre por descubrir, que nos obliga a tener puestos los ojos siempre en el Señor, sin pretender seguridades y control. Se puede resumir de esta forma: no sabemos exactamente lo que Dios quiere con esto que estamos viviendo, pero sí que algo quiere en este momento concreto, con todo lo que nos está pasando.

Se aprecia en el pensamiento y en la teología de la autora una procedencia clara de la espiritualidad de la escuela de Garrido, en clave de personalización, por la terminología y los

conceptos que poco a poco va desgranando: misión, desapropiación, consentimiento, obediencia de fe, superación del ideal, problemática existencial, maduración y vida teologal... De hecho, la obra termina con un breve excursus dedicado a clarificar el concepto de vida teologal, que se explicita como proceso que va desde lo pre-teologal, donde la vida espiritual se plantea a partir del deseo, el esfuerzo de autenticidad, el éxito... a un cambio en el que tomamos conciencia de nuestra impotencia, que nos lleva a dejar las riendas de nuestra vida a Dios. La vida progresivamente se va entendiendo como experiencia de amor y de relación con Dios y la persona se rinde ante Dios, en una actitud de agradecimiento humilde.

La obra es clara, por más que los conceptos no son fáciles, y nos abre a una comprensión que sólo es posible desde una profunda mirada de fe. No se ofrecen en ella soluciones en clave de cambios pastorales, organizativos. Incluso, hay párrafos en los que parece dar a entender que pretenderlos no es lo adecuado. En este sentido, creo que, manteniendo que lo fundamental es lo que en esta obra se propone, convendría también dar a entender que “lo cortés no quita lo valiente” y que sigue siendo necesario que la Vida Religiosa vaya

cambiando también en sus formas y manifestaciones y en su dimensión específicamente pastoral.

Esteban de Vega Alonso

Amaury GUILLEM, *Un monje secuestrado, Jacques Mourad con Amaury Guillem*, Palabra, Madrid 2019, 221 pp.

Se narra en este libro gran parte de la vida de Jacques Mourad, sacerdote sirio-católico secuestrado por Estado Islámico. Quien escribe la obra es Amaury Guillem, pero lo hace en primera persona, como si él fuera el sacerdote. Prácticamente el libro comienza por el secuestro, y a partir de él se nos va narrando toda la vida de Jacques Mourad: su infancia, el ambiente de violencia y desasosiego en el que crece, los vaivenes de su decisión vocacional, hasta convencerse de que lo suyo es ser sacerdote, la relación con los musulmanes, a veces tensa y a veces pacífica... Su decisión de vivir su sacerdocio como monje, y el cambio que va experimentando a lo largo de su vida en la relación con los musulmanes, de una progresiva aceptación y acogida de las diferencias. También aparecen ejemplos y datos relevantes del ambiente ecuménico en el que desarrolla su mi-

nisterio con las distintas confesiones cristianas de la zona.

Pero la parte fundamental del libro, respecto a la cual gira todo lo demás, son los cinco meses que vivió secuestrado, temiendo constantemente por su vida y por la vida del joven junto al que fue secuestrado. La tensión previa al secuestro se deja sentir en las páginas iniciales, y la convivencia con los musulmanes se va haciendo cada vez más difícil a consecuencia de la influencia creciente del Estado Islámico en Siria.

El período que vive secuestrado, a pesar de que sólo son cinco meses, ocupa la mayor parte del libro. De hecho, todo el resto de su vida se va narrando a partir de los recuerdos que al secuestro le va suscitando. Y es interesante observar la alternancia de sentimientos y experiencias que se suceden en esas largas semanas: a veces, de profunda tensión y miedo, otras de aceptación y consentimiento. Hay ocasiones en las que consigue una paz que a él mismo le admira, incluso se sorprende reconociendo que la capacidad de oración que experimenta es muy profunda, casi viviendo determinados períodos del secuestro como si se tratara de unos días de retiro espiritual.

La vocación al sacerdocio, viviéndolo como monje en el monasterio reconstruido de Mar Musa y posteriormente, por obediencia, en el de Mar Elian, marcan profundamente su modo de ser. Es una vida monástica renovada, no marcada por la clausura, sino en profunda relación con las personas más necesitadas, y formando parte de una comunidad en la que hay hermanos y hermanas, aunque en el libro no queda claro de qué tipo de comunidad se trata. Jacques Mourad dedica tanto su vida al servicio de la población cristiana, marginada y perseguida, como a la oración y la contemplación, a la que consagra gran parte del día, viviendo ambas dimensiones con total unidad, sin dicotomías. En todo momento vive al servicio de los hermanos cristianos al servicio del evangelio.

El testimonio de esta persona nos ayuda a acercarnos a la población que vive su fe en un contexto de violencia y tensión, en el riesgo constante de perder la vida o perder a los seres queridos. De hecho, para Jacques Mourad es más fuerte la experiencia de dolor y de miedo que experimenta por los demás que por sí mismo. Durante el secuestro sufre más pensando en el sufrimiento de quienes le quieren y no saben nada de él (familiares, amigos, feligreses). Y siente

como un desgarramiento que a los pocos días de estar secuestrado vea hechos presos también a gran parte de los cristianos a los que ha atendido pastoralmente: 89 varones, 110 mujeres y 52 niños.

Al final, Jacques Mourad es puesto en libertad porque sus captores reconocen que ni él ni quienes fueron secuestrados junto a él actuaron con violencia. Fueron apresados por ser cristianos y no musulmanes, pero precisamente el reconocimiento de la vivencia radical del mensaje cristiano de la no violencia por parte de sus captores es lo que les permitió recuperar la libertad. Sin embargo, la duración de la alegría desbordante por la recuperación de la libertad es breve, pues la vuelta a la vida cotidiana para ser testigo de nuevas injusticias, ataques y muertes, guerra y violencia, le impiden a Jacques ser feliz. De hecho, el libro es escrito en Solimania, en Irak, donde se produce el encuentro entre Jacques Mourad y el escritor, Amaury Guillem. Jacques Mourad se ve obligado a reconocer que no se siente capaz de seguir habitando en un país donde el dolor por la violencia y la muerte le quitan las ganas de vivir.

Esteban de Vega Alonso

EDUCACIÓN

Cristián OLIVÉ, *Profes rebeldes, El reto de educar a partir de la realidad de los jóvenes*, Grijalbo, Barcelona 2020, 209 pp.

Hay una frase del prólogo de esta obra que explica por qué Cristian Olivé se embarca en la aventura de escribir un libro sobre educación y que motiva a los lectores a emprender con gusto su lectura. Es una frase que escuchó en un determinado momento y que le interpeló: “Estamos educando jóvenes del siglo XXI con profes del siglo XX y en aulas del siglo XIX”. Consciente de que esta expresión no es exagerada, sino que es real, el autor quiere aportar su experiencia para ayudar a salir de ese desfase. Y en las más de doscientas páginas de este libro explica por qué se siente vocacionado para la educación, por qué sigue teniendo sentido dedicarse a la enseñanza y cómo lo quiere hacer. Y realmente tiene muchas razones para dedicarse a esta profesión, que expresa con detenimiento hasta formular una aparentemente menos profunda, pero que le parece más evidente y fundamental: porque disfruta siendo educador y es lo que mejor sabe hacer. La lectura del libro permite corroborar lo que expresa en estas páginas iniciales.

La mayoría de los capítulos del libro son breves y en todos ellos se da voz fundamentalmente a la experiencia. No hay contenidos de psicología, ni citas de autores, ni nociones teóricas de pedagogía... Cristian Olivé comunica lo que ha ido aprendiendo, sirviéndose para ello de anécdotas y de la exposición de distintos acontecimientos que tienen que ver con las clases concretas, fundamentalmente en el contexto de la lengua y la literatura, las entrevistas con los padres, el diálogo con los compañeros de claustro... Y para ello, utiliza distintos recursos que dan viveza y atractivo a la lectura, pues reproduce los propios diálogos que se dan en clase, ofrece breves narraciones, aporta sugerencias en respuesta a preguntas muy reales que se formulan los educadores...

Quien lea el libro se encuentra con sencillos consejos y sugerencias para hacer las clases más vivas y para ganarse la atención y la complicidad de los alumnos, de la cual los grandes beneficiados son los propios alumnos. A lo largo de las páginas se van sucediendo este tipo de aportaciones:

- Analizar la realidad y acudir a ella, en lugar de ofrecer contenidos que no tienen nada que ver con la vida. Por ejemplo, estudiar las figuras lite-

rias a partir de las pancartas de las manifestaciones del 8 de marzo.

- Dar más importancia a la relación y a las personas que a los contenidos y las notas.

- Aprender de la propia experiencia, sin que el miedo a errar paralice al educador. De hecho, el autor reconoce sus equivocaciones y el aprendizaje que le han supuesto. La vulnerabilidad del profesor también puede ser un recurso educativo.

- Agrandar la creatividad, invertir en la preparación de las clases intentando conectar siempre con la experiencia de los alumnos.

- Utilizar las nuevas tecnologías, no demonizando el uso que los adolescentes hacen de ellas, sino abriéndose a un uso más adecuado de las mismas y sirviéndose de ellas como aliadas educativas.

- Ser noble con los alumnos, corrigiendo cuando sea necesario, ofreciendo lo que él llama “collejas educativas”, que es un modo de referirse a la búsqueda de recursos y actuaciones que toquen el corazón y la sensibilidad de los alumnos, y no sólo su mente. Los alumnos saben apreciar cuando reciben críticas o castigos

con amor y las acogen sin hacerse problemas.

- Ofrecer sugerencias, alternativas y ejemplos concretos para estimular la lectura.

- Ser cercano a cada alumno, preocupándose también por aquel que parece pasar de todo.

- Ser coherente y dar importancia, fundamentalmente, a la educación en valores.

Como se ve, se trata de un libro ameno, interesante, práctico... Pero hay algo en él que provoca una cierta resistencia, y es un cierto tufillo autolaudatorio que a quienes nos dedicamos a la educación nos repele un poco. Ya de por sí el título, *Profes rebeldes*, y la alusión tan presente en alguna página a la rebeldía suena un tanto a impostación y artificialidad. Todo lo que el autor expresa es perfectamente asimilable sin que venga servido por el recurso fácil y *superquay* de la rebeldía.

Esteban de Vega

SOCIOLOGÍA Y POLÍTICA

Javier ELZO, *Nuestra sociedad hoy: desafíos y oportunidades para la evangelización*, Frontera, Vitoria 2020, 119 pp.

Este nuevo cuadernillo de la Editorial Frontera comienza con estas palabras, reveladoras respecto a lo que nos vamos a encontrar: “Los datos muestran que si hace 110 años dos de cada tres cristianos era europeo, en la actualidad apenas uno de cada cuatro europeos se dice cristiano” (pág. 7). Y termina la introducción con estas palabras: “Es lo que intento mostrar en este Cuaderno: el derrumbe del estado de cristiandad, el tránsito a la era secular, cuya limitación es ya manifiesta, particularmente en no pocos jóvenes, y que ya se adentra en la era post-secular” (8). En un libro tan breve, por lo tanto, se presenta un denso estudio sobre la religiosidad actual, especialmente en el occidente europeo, y más concretamente en España. Estudio para el cual se sirve de datos de distintas encuestas y de la aportación de los grandes sociólogos de la religión del siglo XX y XXI.

El primer capítulo se hace especialmente interesante porque en él Javier Elzo se dedica a las grandes cifras de la dimensión cristiana. En este capí-

tulo el protagonismo lo llevan los números, referidos a la realidad religiosa de Europa y España, extraídos del centro de estudios sociológicos. Ahí se clarifica, por ejemplo, que por cristiano practicante se entiende aquél que acude al templo al menos una vez por mes. Según este dato, la cifra más elevada en casi todos los países de Europa son los cristianos no practicantes. También es llamativa una clasificación que separa a las personas según la categoría de religiosos y espirituales, habiendo variables de distinta configuración: religiosos y espirituales, religiosos y no espirituales, espirituales y no religiosos, y ni religiosos ni espirituales... En relación con este pormenor, el dato más curioso es que en todos los países del occidente europeo, excepto en Portugal, es superior el número de personas que se consideran “ni religiosas ni espirituales” sobre las otras tres opciones posibles. También es digno de destacar el reconocimiento de las dificultades que existen al hacer este tipo de estudios a nivel internacional, porque los términos con los que se plantean las cuestiones no son fácilmente traducibles a todas las lenguas y los contextos son muy diversos. Y muy curiosa es la lectura de las diferencias culturales e históricas respecto a la religión que se observan entre dos países vecinos que el

autor conoce bien: Francia y España. Este capítulo es, por tanto, muy interesante, para abrir el apetito, aunque, como suele ocurrir, el exceso de datos numéricos y la densidad de la información hace que su lectura requiera un esfuerzo especial.

El contenido de los capítulos siguientes es de una orientación más cultural, reflexiva y filosófica. Los datos de los estudios sociológicos anteriores han preparado el terreno para intentar comprender con profundidad los cambios tan fuertes que se han producido en las últimas décadas. El capítulo 2, por ejemplo, se centra fundamentalmente en el derrumbe de la sociedad de cristiandad, en la que han influido tanto factores socio culturales externos a la propia Iglesia como factores internos, que han contribuido a la profunda mutación socio-religiosa.

El capítulo 3 se dedica al fenómeno de la secularización en occidente, capítulo que se inicia con un breve pero intenso e interesante repaso histórico del fenómeno de la secularización, en el que aparecen los nombres de los grandes sociólogos y filósofos que en las últimas décadas han contribuido al estudio de este fenómeno: Gabriel Vahanian, Harvey Cox, Peter L. Berger, Charles Taylor... Este es

un capítulo que se me ha hecho especialmente interesante, especialmente cuando afirma que, a pesar del debilitamiento de la vivencia religiosa que los datos y las encuestas reflejan, no podemos despreciar la necesidad antropológica que experimentamos de seguir creyendo. Y para ello, cita, aunque sea de pasada, a dos autores que son, casualmente, agnósticos: Jürgen Habermas y Fernando Savater.

El capítulo 4 se titula “De la era de cristiandad a la era secular y post-secular”. Una de las ideas que desarrolla con más profundidad en este breve capítulo es que para la persona religiosa se han borrado en gran parte las drásticas fronteras entre lo sagrado y lo profano que existieron en otras épocas. Hoy podemos seguir hablando de dos “códigos”, pero lo cierto es que tendemos a mezclarlos y no muchas veces los diferenciamos. De hecho, la religión se refiere tanto a lo extraordinario como a lo ordinario.

Finamente, el capítulo 5 lo dedica a mirar al futuro. Y comienza por citar a Emile Poulat, que dijo, hace ya más de 10 años, que las previsiones que se han ido dando sobre lo que sería el fenómeno religioso en el año 2000 fracasaron estrepitosamente. Por lo tanto, podemos seguir haciendo pre-

visiones, sirviéndonos de los datos y las proyecciones que estos señalan... y podemos seguir fallando.

De entrada, una constatación: somos testigos de una gran demanda de sabiduría y espiritualidad... Crece la conciencia de que “la espiritualidad es la respuesta a una demanda de sentido y plenitud que lo material jamás podrá colmar” (87). Pero hay que ser conscientes de que hablamos de espiritualidad, no de religión. Es curiosa, por ejemplo, la diferencia enorme que existe entre la venta de libros de espiritualidad, que se realiza en cualquier tipo de librerías, respecto a la venta de libros específicamente religiosos, que es mucho más escasa y se realiza sólo en librerías especializadas. Y es que, sencillamente, es más fácil decirse espiritual que religioso. Aunque quizá la parte más interesante de este artículo es la que dedica a comentar un texto de Sandra Veringa, donde contrapone la religión y la espiritualidad, ensalzando siempre la espiritualidad y denigrando la religión. El comentario de Javier Elzo a esta polaridad intenta ser mucho más ecuánime y objetivo del que hace esta pensadora. Y, sobre todo, es de destacar la propuesta que Javier Elzo hace en favor de un modelo participativo, totalmente opuesto a la postura de Rod Dreher, en su famoso libro “La

opción benedictina”, que ha suscitado tantos comentarios. Y, al hilo de este modelo participativo, Elzo concluye el capítulo, y prácticamente el libro, proponiendo unas “gotas de espiritualidad franciscana” que considera fundamentales para que podamos seguir hablando de una religión con futuro: fraternidad, minoridad, misericordia, diálogo con el diferente y apertura al cosmos.

Conviene destacar también las páginas finales del cuadernillo, que no tienen que ver con la temática del libro, pero que son un buen regalo para el tiempo que estamos viviendo. En unas breves, pero intensas páginas, la religiosa M^a Ángeles Gómez-Limón ofrece una preciosa reflexión, a modo de retiro, sobre el significado de la Cuaresma en nuestras vidas.

Esteban de Vega

FILOSOFÍA

BYUNG CHUL HAN, *La Expulsión de lo distinto*, Herder, Barcelona 2017, 120 pp.

Breve, pero intensa obra, como todas las de Byung Chul Han. En este ensayo, profundiza de nuevo en los temas habituales de su universo de pensamiento: la productividad como

principal y prácticamente único objetivo de nuestra cultura, en la que todo lo que suene a diferente es anulado y en la que el ego personal se agiganta hasta eliminar toda alteridad. En torno a esta idea principal, dando sucesivas vueltas de tuerca, el filósofo coreano nos introduce en un análisis muy crítico de nuestra sociedad, siguiendo la estela que le hizo famoso en su obra “La sociedad del cansancio”.

El lenguaje del autor es peculiar. A veces, se acerca a la poesía, a veces es diáfano, y otras, con frecuencia, es un lenguaje realmente hermético, de difícil comprensión si no se dominan sus claves de expresión. Pero siempre es un lenguaje sugerente, intenso, condensado, con capacidad de comunicar en pocas palabras mensajes llenos de significado, como en estos ejemplos: “Viajamos por todas partes sin tener ninguna experiencia”; “Uno se entera de todo sin adquirir conocimiento”; “A partir de un determinado momento, la producción ya no es productiva, sino destructiva; la información ya no es informativa, sino deformadora; la comunicación ya no es comunicativa, sino meramente acumulativa”.

El tema fundamental del libro se refiere a la incapacidad que tenemos de

aceptar lo diferente, lo que nos puede ocasionar cierta dificultad. Exigimos que todo nos resulte positivo y nos esforzamos por eliminar toda negatividad; pero el resultado de este esfuerzo, de esta pretensión por hacer todo más fácil, es una sociedad más depresiva, con menos capacidad de disfrutar, de encajar las dificultades. Aumentamos nuestras expectativas y nos autoexigimos, por tanto, más, de modo que ya no es necesario que nadie nos aliene desde el exterior, porque nosotros mismos producimos nuestra autoalienación. Y junto a este tema, aparecen otros, relacionados con él y comunes al conjunto de su obra: la comunicación y la hipercomunicación, la soledad, el hiperconsumismo, la hipercomunicación digital, la ausencia de distancia necesaria para la comunicación, el miedo, el silencio, el ruido, la alienación...

Un tema concreto que aborda en varios capítulos es el de la violencia inherente a la globalización, que en su empeño por igualar todo, conduce a la eliminación de lo diferente. Esta violencia reduce el sentimiento de identidad, porque anula lo distinto, lo singular, las peculiaridades que dan color y sabor a la realidad. A partir de esta violencia, se explica (en absoluto se justifica) el terrorismo actual, que no es movido en primer lugar

por el sentimiento religioso, como a veces se dice, sino fundamentalmente por la resistencia de lo singular frente al violento poder de lo global. Desde ahí se explican también fenómenos sociales que pueden ser diametralmente opuestos, como el nacionalismo, la nueva derecha, los movimientos identitarios. Todos estos fenómenos son reacciones ante el dominio de lo global. Por eso los seguidores de la nueva derecha no sólo son xenófobos, sino también críticos con el capitalismo. De este modo, los extremos se tocan, porque tanto la cerrazón de las fronteras como el terrorismo islámico son reacciones ante lo global. Aunque no sepamos cómo, es necesario hallar un orden universal que también se abra a lo universal.

Junto a estas ideas, que quizá son las más desarrolladas, Byung Chul Han sigue mostrando su fina intuición para pasar a limpio y reinterpretar manifestaciones culturales y sociales que le parecen reflejo de una sociedad en cierto modo enferma. La preocupación, por ejemplo, por la autenticidad, que podría interpretarse como expresión del deseo del ser humano de ser libre, pero que más bien es una clara expresión de un apetito narcisista intensificado. A más empeño por ser auténtico, dice, más se desencadena una comparación con

los demás y más puede llevar a la depresión por no conseguirlo. Y esto sin necesidad de que nadie nos obligue desde fuera, por propia autoimposición del individuo. Algo parecido expresa en la interpretación que realiza del *selfie*, fenómeno que ve como expresión del vacío existencial del ser humano, de su soledad. Siguiendo a Heidegger, desenmascara también la pretensión que nos ofrece la cultura actual de transformar toda la realidad en algo pulido, sin aristas, cómodo. El “orden terrenal”, que supone el enfrentamiento ante lo que se resiste, es sustituido por el “orden digital”, donde todo parece estar a favor del ser humano. Pero a la larga, el ser humano termina por ser perjudicado, porque se le va anulando poco a poco la necesidad de abrirse a la alteridad, a la diferencia, a lo que proporciona negatividad. Que el mundo se transforme en una realidad de positividad excesiva no es algo bueno para el hombre.

En este libro es fácil observar una toma de postura de Byung Chul Han en favor de actitudes constructivas, de clara oposición a la política neoliberal y a la globalización que excluye toda diferencia. Por eso, Byung Chul Han se pronuncia de forma clara en favor de la acogida y en contra de la xenofobia, en favor de la apertura,

la apuesta por el otro... Los últimos capítulos, de hecho, son una clara toma de postura en favor del amor, de la escucha incondicional, de la posibilidad de alegrarse de que haya alteridad, de acoger al otro, sea como sea. Late en estas ideas la filosofía de Lévinas, de quien Byung Chul Han se muestra admirador. Y junto a Lévinas, aparecen referencias a autores de procedencia francesa, aunque no sea siempre a favor de su pensamiento: Deleuze, Sartre, Barthes, Derrida, Beaudrillard. Y, junto a ellos, otros autores de muy diversa procedencia: Jenny Holzer, Marx, Handke, Lacan, Bentham, Orwell, Paul Celan, Walter Benjamin... Y muy especialmente, Heidegger.

El arte en muchas de sus manifestaciones (cine, poesía, novela, teatro, música...), por su capacidad de despertar asombro y de rescatar y subrayar la diferencia, sigue siendo una puerta de construcción de un mundo diferente, algo que, por más que se desee comercializar, se escapa a las redes empeñadas en igualar toda realidad y expulsar lo diferente.

Esteban de Vega Alonso